La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 19 DE ENERO DE 1891 — NÚM. 473

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONFESIÓN AMOROSA, cuadro de Luis Jiménez. Exposición Internacional de Munich de 1890

SUMARIO

LAS HIPÓTESIS EN EL ARTE

Yo creo, y Dios me perdone si me equivoco, que la *Crítica*, la diosa más formidable del más formidable de los templos, y los *críticos*, sus grandes y pequeños sacerdotes y á veces sus sacristanes, debieran al dictar sus fallos ceñirse á unas cuantas reglas de aplicación universal y hasta de sentido común.

Parece natural que hicieran por lo menos lo que hacen los matemáticos en sus teoremas y demostraciones; y cuenta que se trata de la más severa de las ciencias y de aquella de las regiones humanas en que ha dominado desde su origen la más rígida disciplina.

Yo bien sé que hablar de ciencias, y sobre todo de ciencias matemáticas, tratándose del arte, ha de sonar á herejía en muchos oídos; pero bueno es que todos los tímpanos se vayan acostumbrando á todos los estrépitos de la vida moderna; que no todo ha de ser la dulce é inofensiva vibración del clásico caramillo, ó el sereno aunque poderoso eco de la trompa épica. La *libertad del arte* trajo consigo las extravagancias admirables del romanticismo de principios del siglo, como ha traído á última hora las vigorosas y profundas desvergüenzas del naturalismo. La *libertad de la crítica* romperá los viejos moldes, fundando al fin y al cabo una *amplísima legalidad*, dentro de la cual quepan todas las doctrinas y todas las tendencias, ni más ni menos que en el orden político se pugna por ensanchar el palenque á fin de que en él quepan todos los partidos.

Y vuelvo á mi tema: ¿por qué en materias de crítica artística ó literaria no se ha de hacer lo que se hace al juzgar un teorema de Algebra ó de Geometría?

El matemático comienza por establecer *hipótesis;* después partiendo de las hipótesis, como de un primer anillo, desarrolla la cadena lógica de la *demostración*, y por último formula *las consecuencias*, que vienen á ser el *enunciado del teorema*, teorema que pudo formularse desde el principio, ó que pudo reservarse para el fin: esto es indiferente.

Dice, por ejemplo, el geómetra: dadas dos circunferencias, de las cuales una tenga *doble* radio que la otra, se verifica que el área de la primera es *cuatro* veces mayor que el área de la segunda. Y nadie le disputa la legitimidad de la *hipótesis*: supuso que un radio era doble del otro, porque pudo suponerlo, porque giraba en el campo de su libertad, porque ejercitaba un derecho, porque entre los infinitos casos que el mundo real presenta ó que la imaginación forja, éste era uno de ellos, porque aun sin ser posible pudo afirmarlo hipotéticamente para venir á parar á tal ó cual *demostración por el absurdo*.

Nadie le pone pleito por haber partido de esta relación numérica, ni por establecer círculos en vez de establecer elipses, ni por tratar de Geometría en vez de tratar de problemas de Algebra, ni por combinar figuras en un plano, reduciendo las tres dimensiones del espacio á dos dimensiones no más. Fijó los datos que le plugo fijar, estableció las hipótesis que le agradaron, escogió el campo, los personajes, las relaciones que más de su capricho fueron, y de todo esto partió libremente con sus demostraciones.

¿Qué le exige el juzgador más severo? Que respete la lógica, que la demostración sea exacta, que por ella llegue á *la verdad:* la hipótesis *libre*, el desarrollo *lógico*, el término *verdadero*. He aquí el canon, el único canon de la crítica matemática: todo lo demás son refinamientos; pero nadie negará, por exigente y refinado que sea, la *verdad* de la consecuencia, como la demostración haya sido buena.

Pues en el arte en general, y en la literatura muy particularmente, también hay sus *hipótesis* como punto de partida, también hay su desarrollo artístico, y como término de toda la evolución también ha de llegar el literato ó el poeta á algo, que no se llama verdad, pero que se llama *belleza*, ó en general *causa de la emoción estética*.

Sí: toda obra de arte arranca de ciertas hipótesis determinadas: el autor escoge un mundo entre los mundos infinitos que pueblan el espacio de la realidad ó las regiones de la fantasía. Será el mundo de las realidades sensibles, el de los seres macizos, el de los hombres de carne y hueso, el de las pasiones groseras, el que se extiende cerca del lodo ó sacude los nervios ó inflama la sangre: creará una obra realista; más aún, podrá crear una obra sólidamente materialista: está en su derecho; escoge la esfera en que ha de desarrollarse su creación como más le place, y aunque no lo dice, formula una *hipótesis*.

O será por el contrario el mundo del idealismo el que elija: el de seres vaporosos como no existen, el de caballeros andantes, enanos, dragones, ninfas, dioses paganos y disparatados genios, pobladores de bosques encantados y mágicos castillos, creando para tales seres pasiones y sentimientos de no sé qué humanidad convencional. Y todavía estará en su derecho el poeta al establecer *hipótesis estéticas*, como lo está el geómetra al suponer espacios de cuatro, cinco y *ene* dimensiones, ó el algebrista al calcular sobre cantidades imaginarias.

Y sin límite ni prohibición alguna, en el arte como en la ciencia, el poeta como el matemático, pueden recorrer todas las esferas ó forjar otras nuevas, fabricando espacios en que agitar las pasiones ó en que desarrollar la lógica de la cantidad ó la lógica del dinamismo espiritual: la historia remota ó la vida contemporánea, la antigüedad clásica ó el romanticismo de la Edad media, una vida pastoril que no ha existido ó ciclos caballerescos que han sido puros ideales de la época del feudalismo, infiernos dantescos en forma de embudos por escalones ó explotaciones mineras á lo Germinal, el pórtico de la tragedia clásica ó el antro grasiento del monipodio picaresco, lo que es ó lo que ha sido, lo que ni ha sido, ni es, ni será.

Todo esto es lícito en el arte: es la *hipótesis* que el autor pone como punto de partida, el campo que escoge, el *dato* de que arranca con su proceso estético.

Y como el geómetra fija en el espacio que escogió sus entes geométricos, que son sus personajes, el literato fija también los personajes de su drama ó de su poema.

Sean en un plano dos círculos, ó una elipse, ó tres hipérbolas, ó sea en el espacio un poliedro, dice el geómetra, y en este verbo *ser* está la hipótesis, ó una parte de la hipótesis *Sea* la familia de los atridas en el mundo helénico, dice el poeta, ó *sea* Hámlet en la Dinamarca de la Edad media; *sean* un adulterio, un parricidio perpetrado en el esposo y un hijo vengador, Orestes ó Hámlet: ya están los datos, ya están *las hipótesis*, ya están en el espacio trágico los personajes trágicos también: su posición respectiva, sus relaciones de odios, crímenes, amores ó venganzas. *Sea* un padre con sus ternuras y sus debilidades, *sean* unos hijos ingratos con sus egoísmos y sus despegos; y se llamará el padre el rey Lear vagando en la noche tempestuosa de castillo á castillo, ó se llamará el padre Goriot en el París de principios del siglo, ó será el aldeano de Zola en la Terre: otro problema estético, con su espacio shakspiriano, ó con el espacio burgués que maravillosamente forjó Balzac, ó con el fermentado estercolero en que le revolcó el gran artista del realismo: siempre *datos, hipótesis*, elementos del drama colocados en determinada esfera de acción y sujetos á relaciones psico-físicas, á fatalismos materiales ó á fuerzas del espíritu.

Y en el poema, en el drama, en la novela, una vez establecidas las hipótesis, empieza el desarrollo de energías y pasiones; como en el teorema de matemáticas, establecidas las hipótesis analíticas ó geométricas, empieza el desarrollo lógico.

Hasta llegar á este punto, la crítica no tiene, ni puede tener acceso: al llegar á este punto la acción de la crítica es lógica, natural y legítima.

El matemático critica la demostración y dice si se ha llegado ó no se ha llegado á la *verdad*.

El literato critica el desarrollo de la obra artística y afirma ó niega su legitimidad final: ¿Se consiguió la emoción estética? ¿Se creó belleza? ¿Se provocó ese dolor, ese placer, esa admiración, ese singularísimo sentimiento puro y desinteresado que con ningún otro placer ni con dolor alguno se confunde y que es propio del arte en general? Pues el autor cumplió como bueno; no le podéis pedir más.

La crítica será impertinente y soberanamente injusta si pretende penetrar en terreno que no es suyo: si rechaza una obra sólo porque es *idealista* y el idealismo está pasado de moda, ó si la rechaza porque es *realista* y no contiene refinamientos idealistas, ó si la hunde en el desprecio porque en ella palpita el *simbolismo*. El crítico será injusto, impertinente y soberanamente ridículo si dejándose llevar de sus predilecciones especiales, condena *a priori* lo que á él no le interesa, suponiendo que no pueda interesar á nadie; lo que él no comprende, suponiendo que nadie puede comprenderlo.

¿Quién es la crítica ni quién es él para imponer la tiranía de sus gustos, de sus caprichos y de sus inclinaciones á las energías creadoras de toda una época, ó á la creadora energía de uno solo?

¡Bueno fuera que un matemático obligase á todos los demás á no tratar más que de círculos, ó á no resolver más que problemas de Algebra, ó á ejercitarse siempre en cuestiones de cálculo integral, dándole espacio, personajes y relaciones, y en suma, matando su espontaneidad y su facultad creadora!

Estos exclusivismos de escuela, tiranías de cada época, influencias quizá de la moda, son absurdos y funestos. El arte lo abarca todo en su propia esfera, como en la suya propia lo abarca todo la ciencia. Ni la verdad tiene límites, ni tiene límites la creación artística. La verdad y la belleza son infinitas: no venga torpe y ridículamente la crítica á estrechar el campo, convirtiendo el anchuroso horizonte en mezquino picadero, en que el genio dé vueltas mientras chasca su látigo el domador.

En la ciencia, el punto de partida es libre y en él establece *sus hipótesis* el matemático, por ejemplo: *el camino* ó demostración aún es libre, con tal que se respete la lógica; pero el término ha de ser la *verdad*.

En el arte, del mismo modo es libre el punto de partida y en él formula sus hipótesis el poeta: el camino es cualquiera con tal que se respete la ley del desarrollo artístico: el término ha de ser la *belleza*, ó mejor dicho la *emoción estética*.

El poeta, el autor dramático, el literato en general, volvemos á repetirlo, puede escoger el mundo y los personajes, en el que y sobre los que ha de ejercitar su acción, y puede escogerlos en el seno de la realidad, ó puede *crear* mundos y personajes á su capricho, dándoles *esencia* y *leyes*, como verdadero Dios que es, en el caos informe de su fantasía.

¿Cómo no se ha de hacer esto en el arte, la esfera más libre que existe, cuando se hace en la ciencia matemática, gobierno absoluto que es de la lógica y de la fatalidad cuantitativa?

¿Qué otra cosa son las imaginarias, los cuaternios de Hamilton y todo el cálculo simbólico, sino verdaderas creaciones de mundos que no existen en la realidad, aunque por admirables armonías de la razón y del resto del cosmos, á la realidad se apliquen con potencia tan enérgica como fecunda?

Todo por la verdad, dice la ciencia: todo por la belleza y la emoción artística, dice el arte.

Y sin embargo, asalta una duda sobre esta amplísima libertad que para las *hipótesis* reclaman la ciencia y el arte: y entiéndase bien por lo demás, que al hablar de *hipótesis*, entendemos por esta palabra *el conjunto de condiciones* con que se plantea el problema matemático ó estético; el modo de establecer *los datos*, ó si se quiere, el *estado inicial* del sistema lógico ó del sistema artístico, al comenzar el proceso evolutivo cuyo término ha de ser la *verdad* ó ha de ser la *belleza*.

¿Esta libertad, repetimos, no tiene ni una sola limitación?

¿Podría, por ejemplo, el matemático decir lo siguiente? Dados dos círculos cuyos radios están en la relación de *uno* á *dos* y cuyas circunferencias están en la relacion de *uno* á *tres*, hallar la relación de las áreas.

No podría, porque en los términos de la hipótesis inicial hay contradicción: si los radios son como *uno* á *dos*, las circunferencias no pueden ser como *uno* á *tres;* se ha creado un estado antinómico: un pequeño mundo, que no es lógico consigo mismo, cuyas leyes luchan unas con otras: la hipótesis puede, segun esto, serlo todo, falsa, fantástica, materialmente imposible; todo, menos contradictoria: puede intentarlo todo menos su propia anulación bajo pena de muerte total. Esto en la región de la lógica y del fatalismo matemático Pero ¿cómo se interpretarían estos resultados en la región libre del arte? Materia es esta que exige más tiempo y más espacio de los que podemos disponer. Basta por hoy de hipótesis.

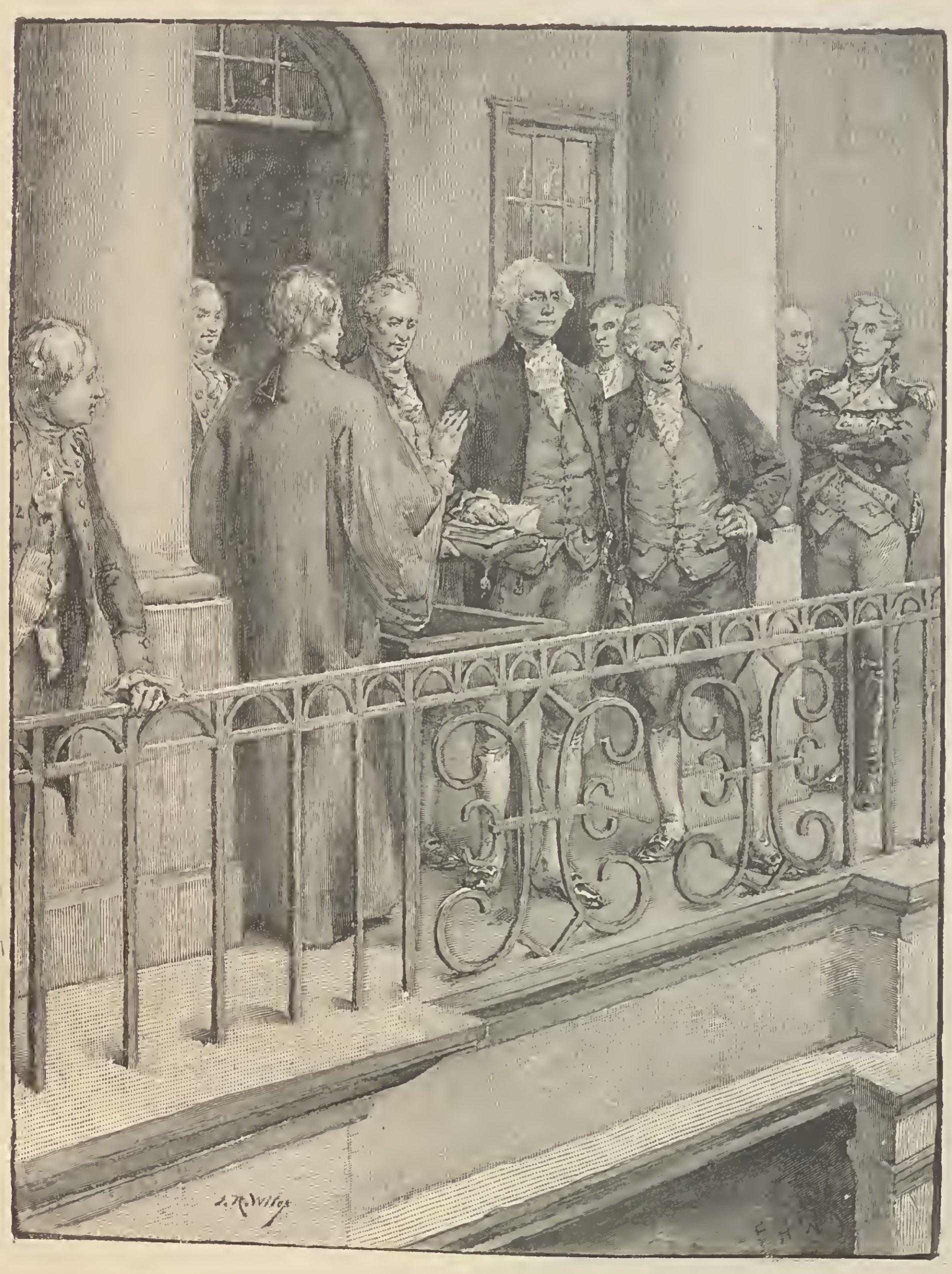
J. Echegaray

SECCIÓN AMERICANA

JORGE WÁSHINGTON

POR CLARENCE WINTHROP BOWEN

Al ocuparnos en este artículo del famoso héroe norte-americano, no vamos á trazar su biografía, harto conocida sin duda de la mayoría de nuestros lectores, sino á narrar con algunos detalles varios de los episodios en que menos se han fijado los biógrafos ó historiadores, y que no por ser de secundaria importancia en la vida de aquel varón ilustre, tan abundante en importantísimas acciones, dejan de ser muy curiosos y á propósito para dar á conocer su elevado caracter así como el estado social del pueblo recién emancipado de la Gran Bretaña.



Jorge Wáshington prestando juramento como presidente de los Estados Unidos

Uno de esos episodios es el solemne acto de su elección como primer presidente de la naciente República y de la ceremonia en que prestó el juramento como tal.

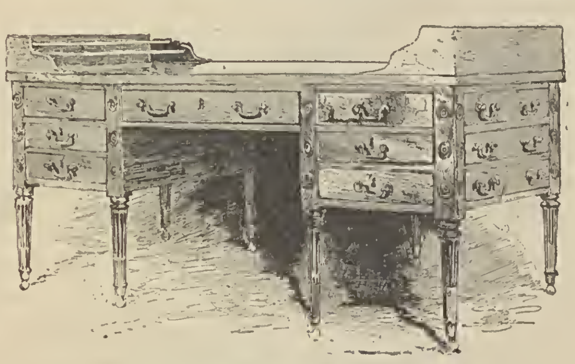
Habiendo adoptado la Constitución, después de acaloradas discusiones, el número de Estados requerido, éstos designaron representantes para que, reunidos en Congreso, dictaran las disposiciones convenientes para cumplir lo dispuesto en aquélla. Lo primero que se imponía era la elección de presidente, á cuyo fin se resolvió que el primer miércoles de enero de 1780 se nombrarían electores al efecto en cada Estado, que éstos eligieran presidente el primer miércoles de febrero de dicho año, y que las dos Cámaras se reunieran en Nueva York el primer miércoles de marzo siguiente.

Al ponerse el sol el día 3 de marzo, una salva de treinta cañonazos, disparada en el fuerte Bowling Green de Nueva York, anunció la disolución de la anterior Confederación, y otra salva de once cañonazos en honor de los once Estados que habían adoptado la Constitución, anunció á los americanos, al amanecer del día siguiente, que había empezado para ellos una nueva era. Estos once Estados eran: Delaware, Pensilvania, Nueva Jersey, Georgia, Connecticut, Massachusetts, Maryland, Carolina del Sur, Nuevo Hampshire, Virginia y Nueva York.

El 4 de marzo sólo se hallaban en Nueva York, al mediodía, hora fijada para la reunión, ocho senadores y trece representantes; el mal estado de los caminos, por una parte, y una intencionada falta de puntualidad, por otra, fueron causa de que transcurriese un mes antes de que las sesiones pudieran dar comienzo.

Por fin, el 1.° de abril se constituyó la Cámara de representantes é inmediatamente procedieron éstos á ocuparse en los asuntos para que habían sido congregados, siendo el más importante de todos la votación para presidente y vicepresidente de los Estados Unidos. El número total de votos ascendía á sesenta y nueve, y todos ellos fueron para Jorge Wáshington de Virginia sin una sola excepción. John Adams obtuvo treinta y cuatro, y como después de Wáshington era quien reunía mayor número de votos, eligiósele vicepresidente.

Debe advertirse que dichos votos sólo representaban diez Estados, porque los de la Carolina del Norte y de Rhode Island aún no habían aceptado la Constitución, y el de Nueva York, por presión de su gobernador antifederalista Chiston, no se había cuidado de designar representantes; así fué que ni sancionó con sus votos la elección de presidente, ni sus senadores ocuparon su puesto en el momento de la toma de posesión del elegido. Verdad es que dicho



Mesa escritorio de Wáshington
(Consérvase en el Palacio del Gobierno, en Nueva York)

Estado había nombrado en enero senadores al general Schuyler y á Roberto Yates, pero la Asamblea no los admitió.

Carlos Thomson, secretario del último Congreso, fué el designado por el Senado para notificar á Wáshington su elección, encaminándose al efecto á Mount-Vernon, donde éste se hallaba descansando de las fatigas de la guerra sostenida contra los ingleses. Silvano Bourne, también por designación del Senado, pasó á Branitree en el Massachusetts á llevar á Adams la noticia oficial de su elección de vicepresidente.

Mientras ambos mensajeros desempeñaban su misión, hiciéronse en Nueva York preparativos para la solemne inauguración del nuevo gobierno, y principalmente para la habilitación del edificio llamado Federal Hall, en el que se reunía el Congreso. Algunos ricos comerciantes de Nueva York adelantaron treinta y dos mil dollars para la renovación de dicho edificio, de cuya operación se encargó un oficial de ingenieros francés, Pedro Carlos L'Enfant, arquitecto de la iglesia de San Pablo y de otros edificios públicos de Wáshington.

Carlos Thomson invirtió una semana, aun viajando con celeridad, en ir desde Nueva York á Mount-Vernon, cerca de Baltimore. Tan luego como hubo llegado á la residencia de Wáshington, expuso á éste el objeto de su visita, entregándole el acta de su elección; á lo cual el nuevo presidente se expresó en estos términos:

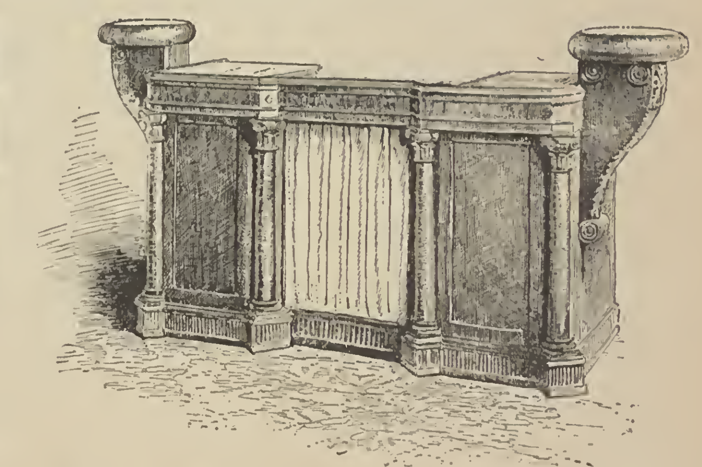
«Me conmueve hasta tal extremo esta nueva prueba de la estimación y de la confianza de mi país, que de ningún modo mejor puedo expresar mi gratitud que con el silencio. Conozco todo lo arduo de la tarea que se me impone, así como mi poca aptitud para desempeñarla; por esto mismo me esforzaré á fin de no dar motivo ni pretexto para que mis conciudadanos se arrepientan de su elección; pero todo lo que puedo prometer por ahora es: que cifraré mi celo y mi solicitud en llevarla á cabo dignamente.

»Considerando el largo tiempo que algunos de los individuos de ambas Cámaras llevan de residencia en Nueva York, el afán con que deben ya desear dedicarse á los negocios y lo profundamente impresionada que estará la opinión pública por la necesidad de que se despachen cuanto antes los más urgentes, comprendo que no me hallo en libertad de aplazar mi viaje. Así, pues, saldré de aquí pasado mañana, y me lisonjeo con la idea de que me acompañaréis: por lo que á vos hace, permitidme que os diga que he tenido una satisfacción especial en recibir esta comunicación por vuestro conducto.»

Wáshington salió de su casa el jueves 16 de abril, á las diez de la mañana, después de haber pasado el día anterior á Fredericksbourg con objeto de despedirse de su anciana madre y de pedir prestadas á un amigo de Alejandría quinientas libras para pagar todas sus deudas y otras ciento para los gastos de su viaje á Nueva York.

«Me despedí de Mount-Vernon, dice en su diario, de la vida privada y de la felicidad doméstica, y con el corazón oprimido por dolorosas sensaciones que no puedo expresar con palabras, marché á Nueva York, acompañado de Thomson y del coronel Humphreys, animado de las mejores disposiciones para prestar un servicio á mi país obedeciendo á su llamamiento, pero con pocas esperanzas de responder á lo que de mí esperaba.»

Apenas salió de su casa, cuando sus vecinos y amigos de Alejandría le acompañaron hasta esta ciudad y allí le ofrecieron una comida, en la que se pronunciaron entusiastas discursos y brindis. Igual recepción se le hizo en Georgetown, donde no sólo le escoltaron los hombres, sino también los niños; «compañía que honra más (según se le decía en un mensaje) que todos los triunfos habidos en Roma; siendo la persona por tal manera honrada más ilustre que cualquier monarca del globo.» Aquellos vecinos



Bufete usado por Wáshington como presidente de los Estados Unidos, en el palacio Federal. (Consérvase en el Palacio del Gobierno en Nueva York.)



Casa de Wáshington en Broadway. (Copia de un grabado del *Valentine's Manual.)*

le acompañaron por las orillas del Potomac hasta dejarlo en compañía de los de Baltimore.

Estos habían salido á recibirle á caballo y á los ecos del cañón á algunas millas de la ciudad, y lo condujeron por entre compactos grupos de entusiastas admiradores á la fonda de Grant. A las seis de la tarde se le entregó un mensaje de bienvenida y se celebró en su honor una recepción pública. Siendo imposible organizar un banquete, dado el poco tiempo de que se disponía, se le obsequió con una cena. A las cinco y media de la mañana siguiente salió de Baltimore como había entrado, esto es, á los estampidos de la artillería y acompañado por una escolta de jinetes, á los que hubo de rogar que regresaran á sus casas, después de haber andado siete millas.

Llegó á orillas del Delaware, y allí le esperaba ya la población de Wilmington, donde, en lugar de iluminar las casas, como algunos deseaban, se figuró un hermoso barco en la ribera del Delaware opuesta á la calle del Mercado. Antes de salir de dicha ciudad, el consejo y los vecinos le entregaron un afectuoso mensaje y le acompañaron hasta la raya de Pensilvania.

Filadelfia le había preparado un recibimiento regio. Las autoridades del Estado votaron un millar de duros para sufragar los gastos de una escolta militar. El presidente de la Comisión ejecutiva del Estado y el de la Legislatura, puestos á la cabeza de la caballería de la ciudad, salieron á recibirle á la frontera del Delaware, seguidos de otras tropas. El lunes por la mañana llegó Wáshington, siendo recibido con el mayor agasajo y acompañado á Chéster, donde almorzó y descansó dos horas. Al salir de esta población no quiso subir á su carruaje, sino que montó en un hermoso caballo blanco. Carlos Thomson y el coronel Humphreys, cabalgando también, iban á su lado. Conforme avanzaba la comitiva se le reunía más gente, así como una comisión de ciudadanos de Filadelfia, presidida por el general Saint Clair, gobernador del Territorio del Nordeste.

En Gray's Ferry, junto al río Schuylkill, el espectáculo fué imponente. Habíanse hecho grandes preparativos, y los arcos de triunfo adornados con laurel y otros follajes, las once banderas que ondeaban en una orilla con los nombres de los once Estados que habían adoptado la Constitución, además de otras varias con inscripciones alusivas; los numerosos barcos elegantemente empavesados que surcaban el río, y las aclamaciones en que prorrumpieron millares de personas cuando el ilustre viajero llegó al mediodía al pie de la colina que estaba á la entrada del puente, todo ello formaba una escena memorable. Cuando el presidente pasó por debajo de uno de los arcos, una linda joven, Angélica Peale, dejó caer sobre su cabeza una corona de laurel. A lo largo del camino de Gray's Ferry á Filadelfia había más de veinte mil personas, que aclamaban á Wáshington, dándole entre otros dictados el de «Padre del pueblo.»

La comitiva iba engrosando á medida que se acercaba á la ciudad. Al entrar en ella resonaron tres salvas de trece cañonazos, secundadas por los disparos que se hacían en el buque *Alliance*, hermosamente decorado, y en otro barco mercante español anclado en el río. Cuando el cortejo llegó á la entrada de la calle del Mercado, echáronse á vuelo las campanas de la iglesia de Jesús. Wáshington fué conducido á la histórica *Gavern City*, donde se le obsequió con un banquete, en el que tomaron parte muchos vecinos y forasteros, así como todo el clero. Entre los brindis allí pronunciados se dirigieron algunos «A S. M. Cristianísima, nuestro grande y buen aliado.» «A S. M. Católica» y «A las provincias unidas de los Países Bajos»

Wáshington salió de Filadelfia á las diez de la mañana siguiente: las tropas de la ciudad quisieron escoltarle; pero como estaba lloviendo, aquél insistió en rehusar tal honor por no parecerle conveniente ir á cubierto en su carruaje mientras los demás se mojaban. Al llegar á Trenton, habiéndose despejado el cielo, le estaban esperando gran número de ciudadanos distinguidos, un escuadrón de jinetes y una compañía de infantería, y entró en la población saludado por repetidas salvas de artillería y por las aclamaciones de sus habitantes. En el puente construído sobre el río Assunpink se había levantado un arco de triunfo de veinte pies de luz, sostenido por trece columnas y adornado de flores y follaje y en el cual campeaba en grandes caracteres esta inscripción: «El defensor de las madres será también el protector de las hijas.» Sobre esta inscripción, y en un cuadro rodeado de guirnaldas, leíanse estas fechas históricas: «Diciembre 26, 1776. – Enero 2, 1777» En el lado norte del arco estaban alineadas trece niñas vestidas de blanco, con la frente ornada de preciosas guirnaldas y ostentando en sus brazos cestitas llenas de lozanas flores; detrás de ellas veíanse las jóvenes y matronas de la población, y en el momento de pasar Wáshington bajo el arco todas se pusieron á cantar una oda dedicada al «Padre de la patria.» Al terminar el canto, las niñas esparcieron las flores por el sitio por donde debía pasar Wáshington, quien no pudo menos de conmoverse ante aquella escena sublime y de manifestar su profunda gratitud por tantas muestras de cariño.



Casa de Wáshington en Franklin Square, Nueva York
(Copia de un cuadro pintado en 1856)

De Trenton pasó á Princeton y de aquí á Nuevo Brunswick, donde se le reunió William Livingston, gobernador de Nueva Jersey, quien le acompañó hasta Elizabethtown Point. Al llegar á este punto fué recibido por una comisión del Congreso, que le dispensó toda clase de atenciones, y el 23 de abril embarcóse en una elegante balandra de trece remos, tripulada por otros tantos pilotos que vestían uniformes blancos y gorras negras.

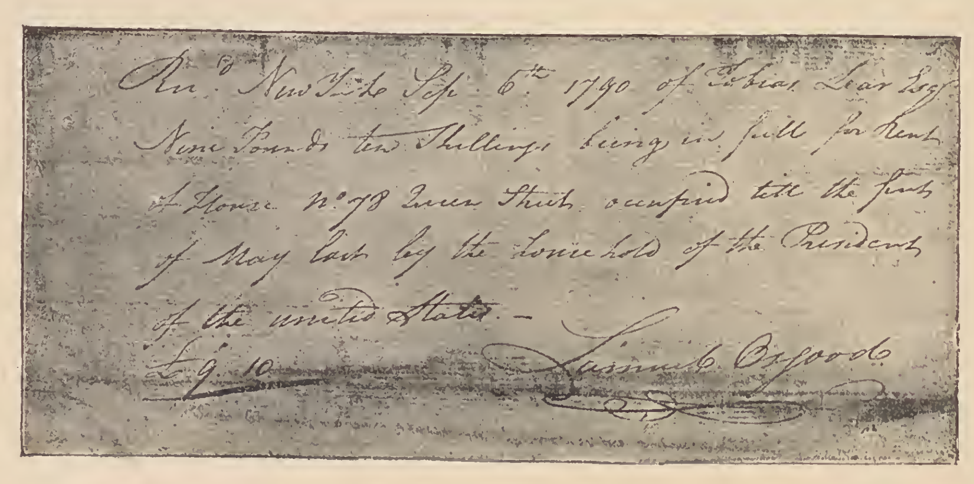
La bahía de Nueva York, en el momento de llegar Wáshington, estaba totalmente cubierta de buques, lanchas y botes empavesados que rebosaban de espectadores, ansiosos de demostrar su respeto y cariño al grande hombre. Entre dichos buques había uno de guerra español, el *Galveston*, que á una señal izó veintisiete ó veintiocho banderas diferentes, con los colores de todas las naciones, é hizo un saludo de trece cañonazos. Al desembarcar el presidente fué recibido por el gobernador y por muchos de sus antiguos compañeros de armas: las calles estaban atestadas de gente, entre la que apenas podía abrirse paso la comitiva, y las ventanas de la casa, todas ellas iluminadas, se veían llenas de señoras, que con su belleza y alegría daban nuevo encanto á aquella triunfal entrada. La comitiva, á cuya cabeza iba el coronel Morgan Lewis, se componía de una banda de música, un escuadrón de caballería, oficiales de artillería francos de servicio, granaderos designados para dar guardia de honor al presidente, el gobernador y los funcionarios del Estado, el mayor y la corporación municipal, el clero, la comisión del Congreso, los embajadores de Francia y de España y gran número de ciudadanos. Cerca de una hora tardó esta comitiva en recorrer la distancia de media milla que había desde el muelle de Murray hasta Franklin House, casa designada para residencia de Wáshington.

Esta casa era propiedad de Samuel Osgood, uno de los comisionados del Tesoro, y ha subsistido hasta 1856, en que se derribó, en la confluencia de las calles Cherry y Peare con la plaza de Franklin. Había ya habitado en ella el presidente del antiguo Congreso, y el nuevo mandó alquilarla para Wáshinton. Este se trasladó en 1790 á otra casa situada en Broadway, cerca de Bowling Green, la cual había estado anteriormente ocupada por la embajada francesa.

El regocijo fué aquel día general, y por la noche se iluminó toda la población brillantemente. Pero aquellas muestras del favor popular, si conmovían, entusiasmaban tan poco á Wáshington, que al anotar en su *Diario* los sucesos del día, escribía estas frases:

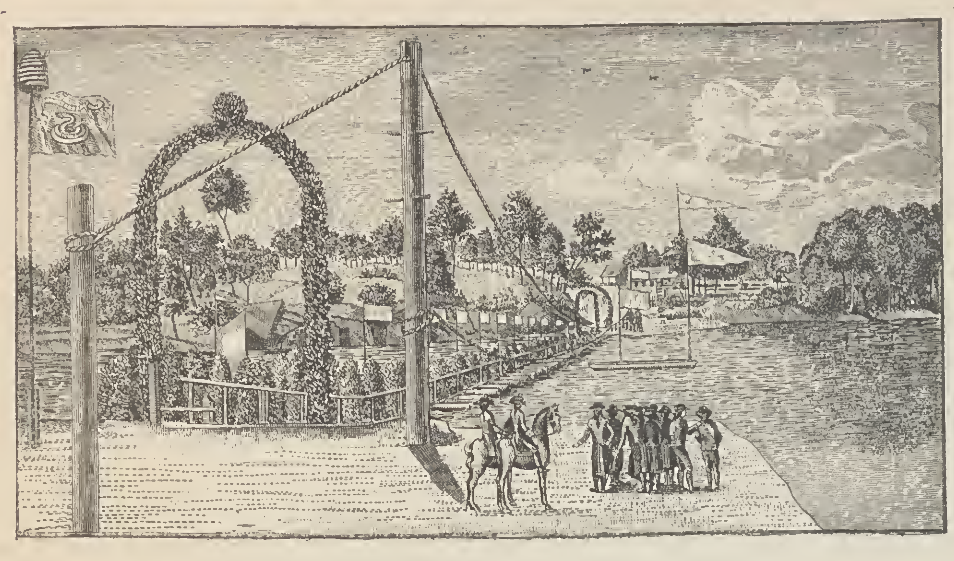
«Al contemplar tanto bote como nos esperaba y se reunía con nosotros, y á bordo de los cuales resonaban alegres coros ó músicas, los adornos de los barcos, los estampidos del cañón y las nutridas aclamaciones del pueblo que atronaban el espacio, experimenté la más dolorosa sensación, considerando de qué distinto modo se me trataría si después de mis afanes y desvelos no consiguiera satisfacer las esperanzas del país »

El mismo día de la llegada de Wáshington á Nueva York habíase suscitado una discusión en el Senado sobre el modo cómo se debería recibir al presidente. John Adams preguntó qué título se daría al primer magistrado del Estado, «Señor Wáshington, Señor Presidente, Señor simplemente, ó Su Excelencia.» Nombróse una comisión para que tratase de este asunto con la cámara de representantes, así como del ceremonial de la toma de posesión, y quedó decidido que se usara sencillamente el título de «Presidente de los Estados Unidos.» El Senado lo desaprobó, y nombró una nueva comisión, la cual optó por el título de «Su Alteza el Presidente de los Estados Unidos y Protector de sus libertades.» El Senado aprobó este dicta-



Rec.d New York Sept. 6th 1790 of Tobias Lear Esq.r
Nine Pounds ten Shillings being in full for Rent
of House N.o 78 Queen Street occupied till the first
of May last by the household of the President
of the United States. —
£ 9. 10
Samuel Osgood

Facsímile de un recibo de alquiler de la casa ocupada por Wáshington en 1789-90 en Franklin Square



Preparativos para recibir á Wáshington en Gray's Ferry, 20 abril 1789. (Copia de un grabado del *Columbian Magazine*, Mayo 1789)

men, pero el Congreso lo rechazó, originándose una polémica que duró algunos días.

Mientras tanto llevábanse á cabo con rapidez los preparativos para la toma de posesión. En el dictamen preliminar de la comisión del Congreso, presentado el sábado 25 de abril, se decía que el presidente sería oficialmente recibido por ambas cámaras en el edificio del Senado el jueves 30, y que se reunirían en el salón de sesiones, donde Wáshington prestaría juramento en manos del canciller del Estado de Nueva York. Dos días después se resolvió que esta ceremonia tendría lugar en la «galería exterior unida al Senado,» y que luego el presidente, el vicepresidente y las dos Cámaras pasarían á la iglesia de San Pablo para asistir á los oficios divinos.

Llegó por fin el tan esperado día 30 de abril, en que el primer presidente de los Estados Unidos debía prestar el juramento de fidelidad á la nueva Constitución. La afluencia de gente en Nueva York era extraordinaria: las posadas y hosterías rebosaban de ella, y todas las casas de la ciudad estaban llenas de forasteros, pues hasta de los puntos más lejanos de la Unión habían acudido, ganosos de presenciar una ceremonia tan solemne como nueva para ellos. Muchas personas hubo que, no encontrando alojamiento, tuvieron que pasar la noche en tiendas de campaña.

Banco de Wáshington en la iglesia de San Pablo, tal como está hoy

Una salva de artillería disparada al salir el sol en el fuerte George, cerca de Bowling Green, anunció que daban principio las ceremonias de aquel día. A las nueve se echaron á vuelo las campanas de todas las iglesias, que siguieron tocando alegremente de media en media hora, y el clero de todos los templos celebró divinos oficios, «implorando las bendiciones del Altísimo para el nuevo Gobierno, su favor y su protección para el presidente y el mayor acierto en su administración.» Por su parte, la guarnición se formaba en gran parada, y á las doce desfilaba por delante de la casa del presidente. Organizóse además una procesión cívica, parte de la cual se encaminó al palacio Federal, yendo á su cabeza el general Samuel Blatchley Webb y formando parte de ella muchos personajes distinguidos en carruaje y ciudadanos á pie. La otra parte de la procesión, que era la más numerosa, salió de la casa presidencial á las doce y media y se encaminó también al palacio Federal. Componíase de algunas fuerzas de caballería, la artillería, dos compañías de granaderos, una de infantería ligera, un batallón de fusileros, una compañía de highlanders escoceses vestidos de gala, con su música nacional de gaitas; el sherif Roberto Boyd á caballo; la comisión del Senado, el presidente en un coche del Estado, tirado por cuatro caballos y acompañado por el coronel Humphreys y su secretario particular Tobías Lear; la comisión del Congreso; Mr. Jay, el general Knox y el canciller Livingston; los embajadores de Francia y España, señores conde de Moustier y D. Diego de Gardoquí, otras personas notables y multitud de ciudadanos.

Cuando las tropas, que ascendían á 500 hombres llegaron á cosa de doscientas yardas del palacio Federal, á la una de la tarde, se formaron en dos filas, y Wáshington, seguido de las personas invitadas á la ceremonia, pasaron entre ellas, dirigiéndose al Senado. El salón de sesiones de esta Cámara estaba completamente lleno desde las diez, y poco después habíase suscitado en él una acalorada discusión sobre el modo cómo deberían recibir los senadores á los individuos del Congreso, si de pie ó sentados. Aun duraba esta discusión, cuando el presidente de la Cámara baja llegó á la puerta del Senado, y entre gran confusión, la mayoría de los senadores se levantaron de sus asientos. Casi simultáneamente se anunció la llegada de Wáshington, á quien salió á recibir una comisión de ambas cámaras, la cual lo introdujo en el salón. John Adams lo acompañó á la tribuna: á su derecha estaban el Senado con su vicepresidente y á su izquierda el Congreso con su presidente. Entonces el primero, dirigiéndose á Wáshington, le dijo que «el Senado y la Cámara de representantes de los Estados Unidos le aguardaban para que prestase el juramento exigido por la Constitución, acto que debería efectuar en manos del canciller del Estado de Nueva-York.» Habiendo contestado el presidente que estaba dispuesto, fué conducido inmediatamente á la galería ó balcón que daba á la calle Ancha *(Broad Street)*.

Miss Eliza Quincy describe la escena que siguió en estos términos:

«Yo estaba en la azotea de la primera casa de la calle Ancha, y tan cerca de Wáshington, que podía oir con claridad casi todo lo que decía. Las ventanas y azoteas de las casas estaban atestadas de gente, y en las calles la muchedumbre era tan compacta, que parecía una muralla de cabezas humanas. La concurrencia podía ver perfectamente el balcón del palacio. En el centro de éste se había colocado una mesa con un rico tapete de terciopelo encarnado, y sobre éste, en un cajón de terciopelo carmesí, una abultada y elegante Biblia: eran los accesorios de la solemne escena. Todas las miradas estaban fijas en el balcón, cuando á la hora prefijada salió á él Wáshington, acompañado del canciller del Estado de Nueva York, de John Adams, vicepresidente, del gobernador Clinton y de otras personas notables. La mayoría del pueblo no había considerado hasta entonces á su nuevo presidente sino como un héroe militar; pero el primero en la guerra, se presentaba entonces á sus ojos como el primero en la paz. A su aparición en la galería resonó una aclamación unánime de alegría y entusiasmo. Acercándose entonces á la baranda del balcón, llevóse Wáshington la mano al corazón y se inclinó saludando muchas veces. El pueblo pareció comprender lo solemne de aquellos momentos, puesto que en seguida guardó un profundo silencio Wáshington se acercó entonces á la mesa; el canciller Livingston leyó el juramento en la forma prescrita por la Constitución, y el presidente lo repitió con la mano apoyada en la mesa. M. Otis, secretario de Estado, cogió la Biblia y la acercó á los labios de Wáshington, quien reverenció y besó el sagrado libro. En aquel momento ondeó una bandera en la cúpula del edificio, que era la señal para que las baterías hicieran las salvas. Todas las campanas de la ciudad se echaron á vuelo y la muchedumbre prorrumpió en vivas y aclamaciones. El presidente saludó á su vez al pueblo y se retiró como pudiera el monarca más agasajado por sus súbditos.»

Wáshington vestía un traje de paño obscuro fabricado en Hartford, con botones de metal, en los cuales había grabada un águila, «ceñía una espada con puño de bruñido acero,» llevaba medias de seda blanca y zapa-



Recibimiento de Wáshington en Trenton, Nueva Jersey, 21 Abril 1789
(Copia de un grabado del *Columbian Magazine*, mayo 1789)


Coche usado por Wáshington

tos con hebillas de plata, los cabellos peinados y empolvados á la moda del tiempo y metidos en una redecilla.

Como más de una vez sucede en casos tales, casi en el momento de tomar el juramento á Wáshington se echó de ver que no había ninguna Biblia en el palacio Federal; pero Luckily Livingston, gran maestre de los francmasones, sabía que había una en la logia de San Juan, cerca de allí, y envió á buscar aquel libro, que es hoy propiedad de dicha logia, una de las tres más antiguas de los Estados Unidos.

M. Otis, secretario del Senado, la puso abierta sobre el cojín, y entonces Livingston preguntó á Wáshington: «¿Juráis solemnemente desempeñar con la mayor fidelidad el cargo de presidente de los Estados Unidos, empleando toda vuestra inteligencia y vuestros esfuerzos para preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos? – Lo juro solemnemente,» contestó Wáshington, bajando la cabeza y besando el libro sagrado, y con acento más grave añadió: «¡Así Dios me salve!» Entonces el canciller, volviéndose al pueblo, gritó: «¡Viva Jorge Wáshington, presidente de los Estados Unidos!» En aquel instante resonó una salva de trece cañonazos, y el pueblo prorrumpió en aclamaciones diciendo: «¡Dios proteja á nuestro Wáshington! ¡Viva nuestro querido presidente!»

Arca que perteneció á Wáshington. (Copia de una fotografía.)

Wáshington saludó á la muchedumbre y en seguida entró en el salón de sesiones del Senado, donde tomó asiento, imitándole los senadores y representantes. Acto continuo leyó su discurso inaugural, que fué escuchado con profunda atención.

El senador Maclay escribe acerca de este acto lo siguiente:

«Aquel grande hombre estaba agitado y más intranquilo que cuando arriesgaba su vida delante del enemigo. Temblaba, y más de una vez hubo de interrumpir la lectura.»

Después de entregar su discurso, el presidente, acompañado por los individuos de ambas Cámaras y por cuantos asistieron á la ceremonia anterior, se encaminó á pie á la iglesia de San Pablo. Después de los oficios divinos, presididos, según el rito protestante, por el obispo Prevost, que acababa de ser nombrado capellán del Congreso, y de cantarse el *Te Deum*, Wáshington subió á su coche y fué escoltado á su casa.

Espada de Wáshington

Con la función religiosa concluyeron las ceremonias de la inauguración, pero el pueblo prolongó la fiesta hasta muy entrada la noche, durante la cual se quemaron fuegos artificiales, costeados por pública suscripción, y se iluminaron brillantemente la mayor parte de las casas. El barco *Carolina*, anclado en la rada, presentó una bonita pirámide de estrellas. Donde se aglomeró con preferencia la muchedumbre fué en la parte baja de Broadway, donde estaban situadas las casas del senador Izard, del canciller Livingston y de los embajadores de España y Francia.

El coronel John May describe las iluminaciones del modo siguiente:

«En la iluminación de la embajada española estaban figuradas la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza, el Sol, la Luna, las estrellas y el escudo de armas de España. La embajada francesa, así como el palacio Federal, estaban también profusamente iluminados. El retrato de nuestro héroe aparecía en muchas ventanas, y la mejor alegoría que observé fué una de los Estados Unidos, en cuyo centro se veía la figura de Wáshington, á su derecha la Justicia, sobre su cabeza la Fortaleza, á la izquierda la Prudencia, y coronándolo todo dos figuras de mujer con trajes de vistosos colores, sosteniendo en sus brazos el águila americana. Los fuegos artificiales fueron magníficos y merecieron prolongados aplausos.»

Wáshington, que había estado presenciándolos desde la casa del canciller Livingston, tuvo que volver á su casa á pie, porque lo compacto de la muchedumbre impedía que pasara el carruaje.

A la mañana siguiente el presidente recibió á las principales autoridades, á los embajadores español y francés y á gran número de personas distinguidas. Habíase proyectado dar un baile en su honor el día de la inauguración, pero se aplazó hasta que llegara su esposa, á la cual esperaba de un momento á otro. Sin embargo, habiéndose recibido la noticia de que ésta no llegaría á Nueva York hasta fines de mayo, se celebró aquél en la noche del jueves 5 de dicho mes. Asistieron á él más de trescientas personas de lo más selecto de la población, y como dice un cronista de aquel tiempo, la alegría, la satisfacción y la animación, expresadas en todos los semblantes y en todos los pormenores de la fiesta, demostraban que realzaba todo placer la presencia de un *Wáshington*.

Como detalle curioso, especialmente para los que conozcan la ciudad de Nueva York, añadiremos que este baile se celebró en el Salón de la Asamblea de la ciudad, espacioso edificio de madera situado en el n.° 115 de Broadway, donde actualmente está la casa Boreel.

Por su parte, el embajador de Francia, conde de Moustier, dió otra fiesta análoga á la siguiente, en la casa de Mr. Comb donde habitaba, en honor del nuevo presidente.

La correspondencia de éste, tan luego como se hizo cargo de la presidencia, prueba cuán poderosa era su convicción del deber y cuán grandes las dificultades que le rodeaban. Pero la modestia, la lealtad y el patriotismo son virtudes demasiado enérgicas para no vencer las resistencias. La nobleza de su carácter supo allanar todos los obstáculos.

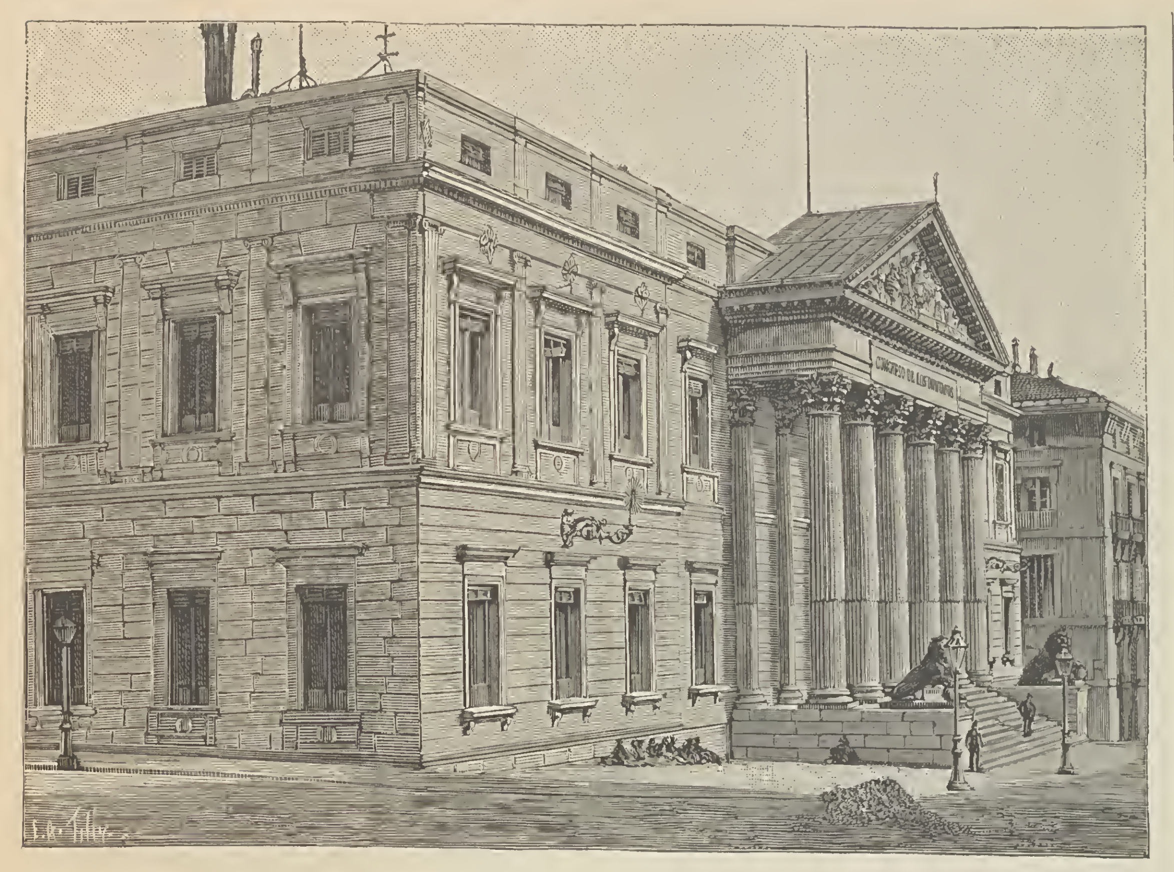
«Los cuidados y los afanes del presidente, dice Fisher Ames, eran incesantes; sus exhortaciones, su ejemplo y su autoridad excitaban el celo y la actividad de todos en pro del servicio público; nombró muchos empleados, teniendo en cuenta solamente sus méritos, y por cierto que en su mayoría se distinguieron notablemente por su aptitud para el despacho de los asuntos públicos. En una palabra, se gobernaba con tal integridad y tan sin misterio y los negocios se resolvían tan acertadamente, que no parecía sino que todos se dedicaban á actos de beneficencia. Aunque por esto mismo hizo algunos descontentos, jamás pudo decirse de Wáshington que fuese un hombre despreciable por su rigor ó su injusticia.»

Para terminar este artículo, diremos que aún se conserva la Biblia sobre la cual juró Wáshington, y que está elegantemente encuadernada en marroquí ó tafilete encarnado, con delicados adornos en los bordes y abrazaderas de plata, teniendo once pulgadas de alto, nueve de ancho y tres y media de grueso. En una y otra tapa lleva inscripciones, en una de las cuales se consigna que la logia de San Juan, propietaria del libro, se constituyó el año 5757 del mundo, y se reconstruyó y abrió el 28 de noviembre de 5770, siendo los presidentes Jonathan Hampton, William Butler é Isaac Heron. Esta Biblia se imprimió en Londres en 1767, y contiene un retrato de Jorge II, además de gran número de grabados, hechos con cuidadoso esmero, que representan escenas bíblicas. La página sobre la que Wáshington puso la mano para prestar su juramento y que además besó, conserva doblada una de sus puntas desde aquella ceremonia y corresponde al texto del capítulo XLIX del Génesis. En una hoja añadida al libro se lee lo siguiente: «En el día 30 de abril de Año del Mundo 5789, en la ciudad de Nueva York, prestó juramento sobre este sagrado volumen Jorge Wáshington, primer presidente de los E. U. de América. Esta importante ceremonia fué presidida por el Gran Maestre de los masones del Estado de Nueva York, el honorable Roberto R. Livingston, canciller del Estado.»

(Continuará.)



Sello de Wáshington



EL PALACIO DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS EN MADRID

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

VI

ESPAÑA

Muchas constituciones ha ensayado España antes de establecer la que tiene actualmente.

Cuando el rey Alfonso XII subió al trono, las Cortes reunidas el 15 de febrero de 1876 se ocuparon al punto del proyecto de Constitución, cuya elaboración confió el soberano á una comisión especial, compuesta de notabilidades del partido monárquico. Este proyecto, presentado por el señor Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de ministros, fué votado casi sin modificaciones el 30 de junio de 1876.

La forma de gobierno es una monarquía con dos cámaras, el Senado y el Congreso de los diputados.

En materia electoral, por lo que se refiere á elecciones de diputados á Cortes, rige la ley sancionada en 26 de junio de 1890, que ha venido á restablecer en España el sufragio universal.

Para ser elegido diputado se requiere ser español, de estado seglar, mayor de veinticinco años y gozar de todos los derechos civiles. Entre las varias causas de incapacidad hay la que comprende á los que desempeñen ó hayan desempeñado un año antes en el distrito ó circunscripción en que la elección se verifique cualquier empleo, cargo ó comisión de nombramiento del Gobierno, ó ejercido autoridad de elección popular, en cuyo concepto se comprenden los presidentes de las Diputaciones y los diputados que durante el año anterior hubiesen desempeñado el cargo de individuos de las comisiones provinciales. Se exceptúan de esta regla los ministros de la corona y los funcionarios de la Administración central.

El cargo de diputado á Cortes es gratuito y voluntario, y se puede renunciar antes ó después de haberlo jurado.

Son electores para diputados á Cortes todos los españoles varones, mayores de veinticinco años, que se hallen en el pleno goce de sus derechos civiles y sean vecinos de un municipio en el que cuenten dos años al menos de residencia.

Las clases é individuos de tropa que sirvan en los ejércitos de mar y tierra no pueden emitir su voto mientras se hallen en las filas; igual suspensión rige para los que se encuentren en condiciones semejantes dentro de otros cuerpos ó institutos armados dependientes del Estado, la provincia ó el municipio.

Esto último ha sido causa de varios conflictos que en las últimas elecciones de diputados provinciales han resuelto los Tribunales de justicia con distinto criterio; de suerte que mientras unos han declarado que los empleados del resguardo de consumos, por ejemplo, no debían ser considerados como instituto armado y por consiguiente podían votar, otros han resuelto declararlos tales, y en su consecuencia les han negado el derecho de sufragio.

No pueden ser electores los condenados á las penas de inhabilitación perpetua, aunque sean indultados si no obtienen rehabilitación por medio de una ley, ó á pena aflictiva si no han logrado rehabilitación dos años por lo menos antes de su inscripción en el censo; los que no hayan cumplido las penas á que hubiesen sido condenados, los concursados ó quebrados no rehabilitados, los deudores á fondos públicos como segundos contribuyentes, los asilados y los que tienen autorización para implorar la caridad pública.

Para ejercer el derecho de elegir diputado á Cortes es indispensable estar inscrito en el censo electoral, que es el registro en donde constan el nombre y los apellidos de los electores, y que sólo puede modificarse por virtud de la revisión anual que la vigente ley de sufragio establece.

La formación, revisión, custodia é inspección del censo está á cargo de una junta central, residente en Madrid; de juntas provinciales, residentes en las capitales de provincias, y de juntas municipales, residentes en los municipios.

Los diputados á Cortes son elegidos directamente por los electores de los distritos y de los colegios especiales; pero después de nombrados y admitidos en el Congreso representan individual y colectivamente á la nación: se elige un diputado por cada 50.000 habitantes.

Madrid elige ocho diputados, Barcelona cinco, Sevilla cuatro, Palma de Mallorca con Inca y Manacor cinco, y tres cada uno de los distritos de Cádiz, Cartagena, Jerez de la Frontera, Valencia, Málaga, Murcia, isla de Tenerife, Zaragoza, Granada, Pamplona, Oviedo, Tarragona, Valladolid, Burgos, Santander, Coruña, Lugo, Córdoba, Jaén, Alicante, Almería y Badajoz.

Todos los demás distritos nombran un solo diputado cada uno.

En los distritos en que debe elegirse un diputado, cada elector no puede dar válidamente su voto más que á una persona; cuando se elijan más de uno hasta cuatro tendrá derecho á votar á uno menos del número de los que hayan de elegirse, á dos menos si se eligieren más de cuatro, y á tres menos si se eligieren más de ocho.

De esta suerte casi siempre tienen las minorías asegurada su representación, cuando menos en las grandes capitales. Para los efectos de las votaciones, los distritos se dividen en secciones de 500 electores cada una.

La vigente ley de sufragio ha introducido la novedad de los colegios especiales. Constituyen colegios especiales, y tienen derecho á elegir un diputado á Cortes por cada 5.000 electores de que se compongan, las universidades literarias, las sociedades económicas de Amigos del País y las cámaras de comercio, industriales y agrícolas, organizadas oficialmente. Las corporaciones expresadas que no lleguen al número de 5.000 electores pueden asociarse á las más próximas de la misma clase para constituir colegio electoral.

Para figurar como elector en estas corporaciones se requiere estar inscrito en el censo general, y acreditar haberse dado de baja en éste para figurar en el de aquéllas; además se exige un título facultativo ó profesional y residir en el distrito universitario si se trata de una universidad literaria, y si se trata de una sociedad económica ó de una cámara de comercio, industrial ó agrícola, ser socio ó miembro numerario ó correspondiente de ella con arreglo á las disposiciones generales de carácter oficial por que se rija su organización y á sus estatutos.

La ley de sufragio universal no se ha hecho aún extensiva á las islas de Cuba y Puerto Rico, en donde para ser elector se exige, además de las condiciones indicadas, el pago de 125 pesetas anuales en concepto de contribución territorial ó de subsidio industrial, ó estar en posesión de ciertos títulos ó empleos. De aquí resulta que así como en la península hay un elector por cada cuatro varones mayores de edad, en Cuba hay un elector por cada 51 varones y en Puerto Rico uno por cada 212.

Las islas Filipinas no tienen representación en las Cortes españolas.

***

La víspera de abrirse las Cortes, los diputados van á reunirse al mediodía en el palacio del Congreso, y celebran sesión á puerta cerrada. El primer diputado inscrito en la lista, es decir, el primero que presenta en la secretaría su acta de elección, es el que ocupa el sillón de la presidencia y lee la convocatoria á Cortes, así como la lista de diputados y los artículos del reglamento.

Después ocupa el sillón de la presidencia el mayor de edad, y nómbranse secretarios á los cuatro diputados más jóvenes, quedando así constituída la primera mesa provisional. Al día siguiente, á las doce de la mañana, efectúase la apertura de las Cortes, procediéndose desde luego á la formación de una nueva mesa, también con carácter de provisional, compuesta de un presidente, cuatro vicepresidentes y cuatro secretarios. Esta mesa funciona hasta que el Congreso queda definitivamente constituído, lo cual no se efectúa hasta que hay suficiente número de diputados válidos. Solamente se ocupa del examen de las actas y comunicaciones del Gobierno ó del otro cuerpo legislativo, á menos de sobrevenir algún acontecimiento extraordinario; pero no discute nunca los proyectos de ley. Cuando el número de diputados es suficiente para discutir ó votar las leyes fórmase la mesa definitiva.

Una vez nombrados los individuos de ella, el presidente interino hace prestar juramento al que se elige nuevamente, y éste comienza al punto á desempeñar sus funciones y recibe el juramento de todos los diputados, comenzando por el vicepresidente y concluyendo por los secretarios. Durante la ceremonia de prestar juramento todos los diputados permanecen de pie, así como el público en las tribunas y galerías; después el presidente declara que el Congreso queda constituído, y se da conocimiento de ello al Gobierno y al Senado.

Los diputados presentes se dividen entonces en siete secciones iguales, cada una de ellas nombra todos los meses presidente, vicepresidente, secretario y subsecretario. Estas secciones nombran las comisiones encargadas de dictaminar sobre las proposiciones, proyectos de ley, etc.

Los ministros que son diputados tienen derecho de votar en la sección á que pertenecen, y también de asistir, así como los autores de los proyectos de ley, á las sesiones de una sección cualquiera, pero no pueden votar.

La cámara se compone de 431 diputados, elegidos por cinco años.

***

El Senado consta de 360 individuos, á saber: 180 senadores por derecho propio y vitalicios, nombrados por el rey, y 180 elegidos por el clero, las sociedades científicas y económicas, las universidades, los consejos provinciales, etc.

Son *senadores por derecho propio* los hijos del rey y del inmediato sucesor á la corona cuando llegan á su mayor edad; los grandes de España que no son súbditos de una potencia extranjera y disfrutan de una renta anual de 60.000 pesetas, procedente de bienes inmuebles ó de derechos que gocen la misma consideración legal; los capitanes generales de ejército y el almirante de la escuadra; el patriarca de las Indias y los arzobispos, y los presidentes del Consejo de Estado, del Tribunal de Cuentas, del Consejo

LA VENGANZA DE UN RIVAL, cuadro de O. Erdmann



LEON FONTOVA, eminente actor del Teatro Catalán † en 28 de Diciembre de 1890

Según fotografías del Sr. Nobas, facilitadas por el Sr. Areñas

supremo de la Guerra y el de la Armada después de dos años de ejercicio.

Los senadores vitalicios son nombrados por el rey en virtud de decretos especiales, que indican los títulos del favorecido á esta gracia. Se eligen entre los grandes funcionarios civiles ó militares, el alto clero, etc., debiendo cada cual disfrutar una renta de 7.500 pesetas, procedente de bienes propios, ó sueldo por funciones ejercidas. También pueden ser nombrados senadores vitalicios los que desde hace dos años posean una renta anual de 20.000 pesetas ó paguen al Tesoro 4.000 de contribuciones directas, debiendo haber sido siempre súbditos del reino y haber ejercido el cargo de diputados á Cortes, consejeros provinciales ó alcaldes en las capitales de provincia ó en las ciudades de más de 20.000 almas.

Tienen derecho á elegir senadores:

1.° Los arzobispos, obispos y capítulos de cada una de las provincias que forman los arzobispados de Toledo, Sevilla, Granada, Santiago, Zaragoza, Tarragona, Valencia, Burgos y Valladolid.

2.° Las academias Española, de Historia, de Bellas Artes, de Ciencias exactas, físicas y naturales, de Ciencias morales y políticas y de Medicina de Madrid nombran cada cual un senador.

3.° Las diez universidades nombran cada una otro.

4.° Las sociedades económicas de Amigos del país, agrupadas en cinco regiones, cuyos centros son Madrid, Barcelona, León, Sevilla y Valencia, nombran (cada región) un senador por mediación de sus delegados, elegidos á razón de uno por cincuenta asociados, en el seno de cada una de las sociedades económicas de la región, ó sea un total de cinco senadores.

5.° Las Diputaciones provinciales y los compromisarios que nombran los Ayuntamientos y mayores contribuyentes de los pueblos votan por provincia y eligen tres senadores en cada una de ellas, excepto las de Alava, Segovia, Soria, Guipúzcoa, Vizcaya, Avila, Logroño, Huelva, Palencia, Guadalajara, Albacete, Santander, Cuenca, Canarias, Teruel, Valladolid, Matanzas, Pinar del Río, Puerto Príncipe, Santa Clara y Santiago de Cuba, que sólo eligen dos.

Para ser elector de senadores es necesario ser español, mayor de edad, cabeza de familia, hallarse avecindado y con casa abierta en un pueblo de la monarquía y gozar de todos los derechos civiles y políticos. Son elegibles para senadores los españoles de 35 años de edad designados en el artículo 22 de la Constitución, es decir, pertenecientes á las categorías en que el soberano y las corporaciones del Estado y mayores contribuyentes pueden elegir senadores. El rey nombra para cada legislatura de entre los mismos senadores el presidente y vicepresidentes del Senado y éste elige sus secretarios.

* * *

Cada una de las cámaras tiene, con el rey, la iniciativa de las leyes; pero las que se refieren á las contribuciones y al crédito público se presentan desde luego á la cámara de los diputados.

Ninguna de las cámaras puede reunirse sin la otra, excepto el caso en que el Senado ejerza las atribuciones judiciales: las dos Asambleas no pueden deliberar ni en común ni en presencia del rey.

Las sesiones son públicas, pero las cámaras pueden constituirse para celebrarlas en secreto.

Cada cámara hace su reglamento interior, ejerciendo soberanamente los poderes de que está revestida.

Si una de las cámaras rechaza un proyecto, ó si el rey se niega á sancionarle, no podrá ser presentado de nuevo en la misma sesión.

Las Cortes tienen derecho de intervenir en los gastos del Estado, votan el presupuesto y fijan todos los años á propuesta del rey las fuerzas militares permanentes de mar y tierra.

Además del poder legislativo, que las cámaras ejercen con el rey, las Cortes tienen los siguientes: 1.°, recibir del monarca, del sucesor inmediato á la corona ó á la regencia, ó del regente, el juramento de respetar la Constitución y las leyes; 2.°, nombrar regente del reino, y el tutor del rey menor de edad, en los casos previstos por la Constitución; y 3.°, determinar la responsabilidad de los ministros, á quienes el Congreso de diputados y el Senado juzga.

* * *

Aunque presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, el actual gabinete no puede calificarse de conservador puro, tal como hasta hace poco se entendía esta denominación en la política española, por dos razones: primera, porque en punto á principios el partido gobernante ha aceptado los que durante su estancia en el poder hizo sancionar el partido que acaudilla el Sr. Sagasta, aun aquellos que más había combatido en todos tiempos, como el Jurado y el Sufragio universal; y segunda, porque en lo tocante á personas figuran en el ministerio dos individuos, el duque de Tetuán y el general Beránger, ministros de Estado y de Marina respectivamente, procedentes del partido fusionista, que al aceptar del Sr. Cánovas las carteras que desempeñan no entendieron, según ellos mismos en varias ocasiones han manifestado, desprenderse de la significación liberal que siempre habían tenido.

Recientemente ha fallecido el último presidente del Congreso, el Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez, figura de primera magnitud en la política española, orador elocuente y afamado jurisconsulto. Su muerte es una gran pérdida para el país y para el partido del señor Sagasta.

Disueltas las cámaras por virtud de reciente decreto, dentro de pocos días se procederá á nuevas elecciones, para las que se aprestan con verdadero empeño los distintos partidos de la política española, por lo cual es de esperar que aun cuando el Gobierno obtenga una gran mayoría (pues no se ha dado en España el caso de que un ministerio, sea del color que fuere, no haya ganado las elecciones) las minorías tendrán, en el Congreso sobre todo, numerosa é importante representación; siendo muy probable que logre algunos puestos, por vez primera desde la restauración, el partido obrero socialista.

Difícil tarea sería enumerar todos los partidos que se mueven dentro de la política española. El afán por adquirir una notoriedad las más de las veces artificial, la manía de los programas tan pródigos en promesas como escasos en realidades, el espíritu de indisciplina tan propio de nuestra raza y de nuestras costumbres y otra porción de concausas de menor cuantía, hacen que el número de divisiones y subdivisiones se extienda indefinidamente.

En los partidos monárquicos hay: el conservador, el liberal, el reformista, el democrático y el carlista (partidario de la monarquía absoluta de D. Carlos de Borbón), acaudillados por los señores Cánovas, Sagasta, Romero Robledo, Martos y marqués de Cerralbo, y aun dentro de algunos de éstos hay ciertas fracciones, un si es no es disidentes, amén de los diferentes matices que en todos se echan de ver.

Entre los republicanos cuéntanse: el posibilista, el centralista, el democrático-progresista y el federal (que á su vez se divide en pactista y orgánico), á cuyo frente figuran los señores Castelar, Salmerón, Ruiz Zorrilla y Pi y Margall.

Como partidos sueltos pueden también citarse el de los *íntegros* (rama separada del tronco carlista) cuyo jefe es el Sr. Nocedal, y el obrero, con las diferentes gradaciones desde el socialismo templado á la anarquía más absoluta.

En materia de oradores parlamentarios, España puede ofrecer un conjunto que ninguna otra nación del mundo posee. Hacer un examen, siquiera fuese brevísimo, de las cualidades en que cada uno de ellos sobresale exigiría un espacio de que no disponemos. Además, los nombres de Castelar, Cánovas, Sagasta, Salmerón, Martos, Pidal, Moret, Azcárate, Pi y Margall, Carvajal y de tantos otros, son bastante conocidos para que sea innecesario enaltecer una vez más su incomparable elocuencia.

* * *

El palacio de las Cortes está emplazado en el sitio que antes ocupó el convento del Espíritu Santo y quedó terminado en 1850: forma un octágono de 3.561 metros cuadrados. Una escalinata da subida al pórtico, que consiste en un cuerpo saliente, compuesto de seis columnas corintias y estriadas. Los leones que se ven á ambos lados de la escalinata fueron construídos con el bronce de los cañones que se tomaron á los moros en la guerra de Africa.

El Senado tiene su asiento en edificio aparte, en el que fué antes colegio de Doña María de Aragón, y estuvo destinado á casa de Agustinos calzados, que se instalaron en él en 1590.

X.

LEON FONTOVA

«...Hace tiempo que esperaba un éxito extraordinario en una de mis obras dramáticas para dedicártela, y de esta suerte cumplir, cual me corresponde, con el actor que más que ningún otro hasta el presente ha contribuído á que podamos decir que nuestra querida Cataluña tiene ya un teatro propio y característico. Al fin ha llegado el día. Este drama es de todos los míos el que más éxito ha obtenido, y yo te lo dedico á ti para de este modo dar cumplimiento á lo que me propuse.»

Así dice, dirigiéndose á León Fontova en la dedicatoria de la bellísima obra *Las euras del mas*, el más fecundo de los autores dramáticos contemporáneos, el verdadero creador y principal sustentador del teatro catalán, el inspiradísimo poeta don Federico Soler.

En esas laudatorias frases podríamos considerar sintetizados los mejores elogios que cabe dirigir al genial Fontova, si no estimáramos que el juicio transcrito, aunque exacto, resulta incompleto: en efecto, Fontova, además de ser el mejor actor catalán, fué el más grande de los actores españoles contemporáneos; siendo preciso para llegar á encontrar quien pueda figurar dignamente á su lado, remontarnos á aquella edad de oro en que en la escena de nuestro teatro nacional brillaron los Latorre, los Romea y los Valero.

Fontova fué un genio: muchos llegan á ser actores á fuerza de estudios, él lo fué por naturaleza. El talento artístico, el espíritu analítico y de observación, la facultad de asimilación, esas cualidades que en primer término debe poseer el actor, fueron en él innatas, instintivas, por decirlo así. La afición le llevó á las tablas sin que ni por soñación pensara que aquel que consideraba más grato que útil entretenimiento, hubiese de ser punto de partida de una brillante carrera que le abriera de par en par las puertas de la gloria.

El público supo adivinar en él al cómico privilegiado, y con sus entusiastas aplausos hubo de convencerle de lo que él mismo no se atrevía á imaginar, moviéndole por último á consagrarse exclusivamente al arte escénico, cuando Federico Soler, más conocido á la sazón bajo el seudónimo de Serafí Pitarra, comenzaba á ofrecer al público sus *gatadas*, esas humoradas, únicas en su género, que fueron la base sobre que se asentó el verdadero y genuino teatro catalán. Desde entonces, la historia de éste va íntimamente unida á la de León Fontova, y el número de éxitos del uno puede contarse por el de triunfos del otro, con la ventaja en pro del actor de que triunfos, y no de los menos ruidosos, fueron para él muchos que para el teatro resultaron fracasos.

Se calcula, y no creemos que el cálculo peque de exagerado, que Fontova habrá representado más de doscientas obras; pues bien: ni una sola vez supo lo que era, no ya el siseo, pero ni siquiera la indiferencia del público: siempre las más francas y alegres carcajadas acogiendo los chistes que nadie como él sabía decir; siempre los más espontáneos y ruidosos aplausos saludando un gesto, una actitud que nadie como él conseguía componer.

¿Cuál era la especialidad de Fontova? El público estaba acostumbrado á verlo hacer reir; y sin embargo, ¿quién no recuerda haber llorado al oirle decir en *Las joyas de la Roser* aquellos sentidos versos del primer acto, que empiezan:

–¡Molt be, Mateu!
Com ja per res puch serví
me veus vell y 'm fas agravi.
¡Qué n' hem de fer del pobr' avi!
¡Si 'ns fa nosa, lluny d' aquí!

Pero aun concretando la cuestión, aun aceptando que el fuerte de Fontova era el género cómico, no sería menor nuestra perplejidad si se nos obligara á señalarle un puesto entre las diversas clases de graciosos que en el arte dramático existen. Repasen en su memoria, los que tuvieron la dicha de admirarle, los diversos tipos que personificó en la escena, y digan luego si el que creó el *Lluch* de *La rosa blanca* y el *Boy* de *Lo ferrer de tall*, el *Benet* de *Lo rector de Vallfogona* y el *Sr. Ignasi* de *Los egoístas*, el *Roch* de *La dida* y el *Sr. Jaume* de *L' Angel de la guarda*, el *Llátzer* de *Las euras del mas* y el *Sr. Cosme* de *L' apotecari d' Olot*, el *Benet* de *Lo collaret de perlas* y el *Sr. Ignasi* de *Cura de moro*, y tantos y tantos otros no menos diferentes entre sí, puede ser fácilmente clasificado en una especialidad determinada

No; Fontova interpretaba á maravilla todos los géneros y dentro de cada género todos los caracteres. Su figura se adaptaba á todas las edades y temperamentos; su fisonomía se amoldada á todos los afectos; su voz se ajustaba á todos los tonos, y sus ademanes con todas las situaciones guardaban asombrosa armonía. Era joven, y en *Las joyas de la Roser* su cuerpo se doblaba al peso de ciento siete años; era rostro jovial, y aparecía feroz en *Los segadors;* tenía una voz robusta, y apenas si se le oía cuando en *Lo birolet de San Guim* había de representar á un anciano poco menos que decrépito; era vivo en sus movimientos, y con pasmosa naturalidad manteníalos entorpecidos en *Cura de moro*.

A haber visto á Fontova, quizás hubiérase mostrado menos absoluto en sus afirmaciones el famoso Coquelin, cuando dijo en su *Arte del actor:* «El ideal consistiría en que el *dos*, ese pobre cuerpo, fuese una pasta sencilla, blanda é indefinidamente dúctil que tomara, según el papel, todas las figuras; que se hiciera para Romeo un galán joven delicioso, para Ricardo III un infernal jorobado, seductor á fuerza de talento; para Fígaro un criado socarrón, impertinente, audaz, seguro de todo, etc. Entonces el actor sería universal y, por poco talento que tuviera, apto para todos los tipos: haría lo que quisiese... ¡ay! sería muy dichoso; pero la naturaleza no lo permite.»

Nosotros, respectando tan sabio parecer, nos atrevemos á decir que Fontova, si no fué ese actor universal que el ilustre maestro del Teatro Francés considera imposible, se le acercó mucho.

Fontova, á pesar de su portentoso genio, estudiaba como pocos los personajes cuya interpretación le confiaban los actores.

Cuando se apoderaba de un tipo, no sólo lo abarcaba en su conjunto y se identificaba con su modo de ser físico y moral, sino que descendía á los menores detalles y no se tenía por satisfecho si no lograba hacerse dueño aun de los más insignificantes. Dominando la escena y dominándose á sí mismo como nadie, no conoció el amaneramiento, á que tan propensos se muestran los actores mimados por el público; actor escrupuloso hasta la exageración, jamás se permitió enmendar la plana al autor introduciendo en su papel una de esas *morcillas* en que el logro de un aplauso resulta casi siempre á costa del buen sentido; enemigo del efectismo, nunca marcó una frase para hacer resaltar el chiste, ni extremó el gesto para producir una gracia, ni apeló á la menor chocarrería para provocar una risotada.

Fué, en suma, un actor modelo, una gloria nacional.

¡Cómo no hemos de llorarle los que tuvimos la suerte de seguirle paso á paso en su triunfal carrera! ¡Cómo no hemos de sentirnos hondamente apenados los que, amantes de nuestra literatura catalana, veíamos en Fontova la más firme columna de nuestro teatro regional!

Dice Coquelin que el actor dará pruebas de su superioridad cuando al leer una obra ó al verla representar por otro actor, el espectador le recuerda, diciéndose: «en este papel no hay otro como fulano.»

¡Cuántas veces al ver representar el repertorio antiguo habremos de exclamar: «¡Como Fontova ninguno! ¡Y cuántas veces al asistir á la representación de una obra nueva se nos ocurrirá pensar «¡Si esto lo hiciera Fontova!»

M. M. A.

EL VINO

POR EDMUNDO DE AMICIS

CON ILUSTRACIONES DE FERRAGUTTI, XIMENES Y NARDI

(Conclusión)

Hay quien bebe para procurarse un placer físico, cuasi animalesco, sin buscar la alteración de la mente, y quien bebe para disfrazar el tedio de su vida. Algunos recurren al vino para reanimar un organismo consumido por rudas privaciones, otros para curarse ó preservarse de daños imaginarios, otros para consolarse de traiciones de amor ó reveses de fortuna. Existe quien se tornó bebedor en fuerza de una tendencia hereditaria, fruto de enfermedades, y quien ha caído en el vicio, sin advertirlo, desde su primera edad, contagiado por el ejemplo. Algunos beben para hacer ostentación de calaveras; otros por despecho; otros, de índole afectuosa, para llenar la existencia vacía de afectos. Se dan hombres de organismo potente que se exceden en la bebida, como en todo, por cierta brutalidad de necesidades gigantescas, que los constriñe á reparar enormes pérdidas con adquisiciones enormes, á echar el vino á oleadas en su cuerpo como se echa el agua á cubos en un cañón de chimenea inflamado. Muchos beben por efecto de cierto decaimiento que les asalta á la edad madura, viendo delusorias las ambiciones de la juventud; para amodorrar el disgusto de no haber logrado encontrar un camino, una forma de exteriorización para su ingenio; para atenuar el dolor de una enfermedad especial del espíritu, que se podría llamar «de la retención de potencia.»



Algunos se encuentran, principalmente entre los artistas, naturalezas elegidas, dotadas de gran inteligencia y de corazón delicadísimo, pero de escaso temple, los cuales beben para contener la violencia de los propios sentimientos, para adormecer la fantasía inquieta que los atormenta, para frenar la excesiva actividad de su cerebro, que los fatiga y los gasta aun en sus horas de reposo. Beben, como los fumadores de que nos habla Balzac, porque tienen energías que domar. Este es el principal motivo de la intemperancia famosa de tantos poetas: no es cierto que bebieran, como suele creerse, para producirse artificial excitación, con el fin de escribir; bebían para aquietar su excitación natural, después que habían escrito. Lo dijo en nombre de todos el tantas veces citado Alfredo Musset, quien á un fulano que le preguntaba por qué buscaba la poesía en el vino, contestó despechado: «No busco en él la poesía, busco la paz.»

Todos estos bebedores hacen juntos el camino hasta cierto límite, pasado el cual se separan. Unos se detienen y se convierten en golosos, los otros van siguiendo adelante y se truecan en glotones del vino.

En los primeros la pasión se injerta de capricho, cuasi un sentimiento de la poesía del vicio, que lo retiene, unido á un refinamiento del gusto que lo hermosea; y entre éstos, los que tienen bolsa al nivel de su golosina, llegan á ser una especie de bibliómanos de la botella, – coleccionistas y catadores, antes que bebedores, – doctos en su materia, que ponen en la cantina el amor el estudio, la emulación que un estudioso pone en la biblioteca, y tienen también sus clásicos polvorientos, las ediciones de remota fecha, las celebridades extranjeras, los prosistas algo pesantes, pero sustanciosos, del Norte, la literatura apetitosa y ligera que alegra, sin sentir la poesía toda fuego del Mediodía, que inflama y exalta; que hacen del vino un continuo sujeto de investigaciones y polémicas, un arte á la vez y una ciencia con la cual proveen al propio tiempo á las necesidades de su estómago y de su inteligencia. Estos son los que disfrutan de verdad con el vino. Un psicólogo artista podría hacer á este propósito un placentero estudio. Para ellos la bebida es una multiplicación continua de las exquisitas delicias de la imaginación y al par de los sentidos. Sienten en su interior á la sola vista del recipiente toda la fuerza y la ale-



gría que está allí aprisionada. Se complacen en aquella variedad de formas de botella, esbeltas, aplastadas, majestuosas, como si viesen otros trantos perfiles incompletos de hermosas mujeres: gustan sabor distinto de placer á la vista del turbante verde ó del casquete de plata; gozan palpando la rotundez elegante de las copas; en el sonido de la botella sacudida por el sacacorchos, encuentran una nota de Adelina Patti. Antes de levantar el vaso permanecen algunos momentos llenos de admiración ante aquellos bellos rubíes ú oro disuelto; luego aspiran su fragancia, y todas sus glándulas salivales segregan y rezuman su jugo. Por fin aplican sus labios al cristal, pero casi con pesar, como Panurge de Rabelais, por no tener el cuello largo tres cúbitos para poder gustar mejor aquel néctar; después beben con los ojos cerrados, dividiendo en dos operaciones completamente distintas el catamiento y la deglución: sienten el primer sabor, el segundo sabor, el tercer sabor; revuelven el vino con la lengua, lo dejan escurrir á lo largo de los carrillos, lo arrojan hacia las fosas nasales para percibir mejor el aroma, y no se deciden, sin dificultad, á dejar que se cuele en la garganta, hecho lo cual todavía quedan recogidos un momento para saborear la fruición del último efluvio. Inunda todas



sus venas y todas sus fibras, transparentándose en su rostro una corriente tal de dulzuras y delicias que, contemplándolos, se permanece incierto entre dos sentimientos: no sabemos si debemos indignarnos de que el hombre, capaz de tantas elevadas satisfacciones de la mente y del corazón, ponga en el goce de semejantes placeres toda su alma, ó bien admirar la prodigiosa delicadeza de la máquina humana, que consiente tan distintos y opuestos placeres.

Estos bebedores se detienen, pues, en la pendiente del vicio; los otros proceden y pasan de la clase de los bebedores á la de los beodos. Estos, en vez del cuello de Panurge quisieran tener el estómago del emperador Maximino, el cual no se daba punto de reposo hasta la décimacuarta botella. El modo como se sumergen grado á grado y se ahogan en el vino, los diversos períodos por que pasa la gran lucha de la voluntad, que opone resistencia al hábito que arrastra, constituyen una historia larga y triste, que muchos insignes fisiólogos, especialmente los novelistas ingleses, trazaron de un modo admirable y Emilio Zola insuperablemente. El vino entra poco á poco en su vida con todo linaje de pretextos; ayer bebían para resistir el trabajo, hoy beben para hacer más grato el descanso; primero para alejar la melancolía, luego para mantener viva la alegría; un tiempo para invocar el olvido, ahora para excitar la memoria; en un principio para conciliar el sueño, después para sostener la vigilia. El enemigo se infiltra y crece gota á gota, sorbo á sorbo, copa á copa, un poco todos los días, lenta y sordamente, como el agua del mar por la sutil vía de una nave. Cuando el hombre advierte el peligro es casi siempre tarde; la medida está colmada. Cada día hace el propósito de no pasar del primer vaso; pero vaciado el primero, siente en su interior una energía, un vigor de voluntad, que le infunde tanta seguridad de efectuar su propósito cuando se le antoje, en cualquier instante, que difiere su actuación para el siguiente día, llegado el cual por igual motivo se concede á sí propio la misma dilación; y así va siguiendo por muchos años, animado siempre para el abuso, primero á causa de seguridad firmísima, luego de una vaga esperanza de que llegará un día en que cederá irremisiblemente. Elocuente prueba de aquella gran verdad: «es mucho más fácil negarlo todo á los sentidos, que no rehusarles alguna cosa.» Pero la lucha no es tan fácil como parece. Es un drama muy intrincado, lleno de terrores y sufrimientos, de resurrecciones y recaídas, tanto más largo, variado y doloroso cuanto más fuerte es el carácter y más elevada la inteligencia del luchador. Es prodigioso hasta qué límite se llega, con qué obstinación de la voluntad, con qué sutil y fatigoso artificio de razones é ilusorios esfuerzos, de batallas verdaderas y simuladas, de cabriolas de la conciencia. El bebedor procura reconquistar el imperio sobre sí mismo y libertarse de remordimientos. A la recaída de todos los días añade cada día nueva justificación, algunas veces ingeniosísima y buscada durante mucho tiempo, como el reo busca una disculpa para aducir ante el juez. Busca con avidez, para satisfacer su pasión todas aquellas ocasiones en las cuales dejarse dominar por el vicio puede parecerle, y á los demás también, un exceso consentido por las circunstancias. Consigue en realidad vencerse por algún tiempo, con un grande esfuerzo, animado, sin darse cuenta, no del deseo sincero de curarse, sino por el placer, que pregusta, de poder luego, tras de aquella abstinencia, recaer sin remordimientos en el vicio por otro lapso de tiempo. Vuelve á cobrar ánimo para beber á cada leve prueba que se da á sí mismo de que sus facultades intelectuales no están deterioradas; bebe por ira cuando el ánimo cansado se revuelve al fin contra la tiranía de la voluntad que le tortura; torna á beber al menor ejemplo que se le ofrezca de otros más hundidos que él en el camino del vicio y sin embargo sanos aún en apariencia y en el apogeo de sus fuerzas; confía asimismo en una enfermedad posible, en un primer aviso de la naturaleza, después del cual, la idea del peligro corrido le dará en definitiva fuerzas para vencerse á sí mismo; llega al extremo de fabricarse una filosofía especial, contraria en suma á su índole y á toda su existencia, para poder encuadrar su vicio en aquella filosofía como en un marco que lo embellezca y lo haga agradable á sus ojos. Luego le asaltan decaimientos profundos al notar de improviso que sus facultades mentales han sufrido menoscabo; y de aquí una vigilancia desconfiada y dolorosa en su inteligencia, y resoluciones impetuosas que duran una hora, en las cuales agota toda su energía, y largos desfallecimientos intensos que acaban en el vino, del cual renace vislumbre de esperanza, seguido al día posterior de inconsolable desengaño. Y en tanto el enemigo lo corroe todo: cuerpo, mente y corazón.



El famoso juicio de Rousseau, según el cual los bebedores son buenas, fieles, excelentes y honradas personas, no se puede admitir, en verdad, á no ser que se considere á los bebedores bajo el efecto inmediato del vino. Lo cierto es que cuando salen de aquel mundo fácil y risueño al cual los transportó la embriaguez, se encuentran molestos en presencia del descolorido aspecto del mundo real y se irritan con más facilidad que los otros con las asperezas de la vida que habían ya olvidado Acostumbrados á aquella vena rica de benevolencia y generosidad que abre en ellos la embriaguez, no se reconocen cuando deben manar aquellos mismos sentimientos del corazón tranquilo Tras de la viva excitación de cada noche, su sensibilidad tiene como necesidad de reposo, y se niega á la fatiga de las emociones en estado de vigilia. En medio de la tertulia en la cual bulle aquella alegría espontánea que deriva toda de la disposición natural del ánimo, se sienten fuera de lugar, experimentando cuasi una secreta envidia que les mueve á despecho y tristeza; están humillados, descontentos de sí, como gente decrépita; desean alguna vez con impaciencia acre y colérica que llegue aquella hora, aquel sitio donde podrán, en un medio más expeditivo, ser de nuevo lúcidos, generosos y elocuentes. Sólo que este rejuvenecimiento, esta especie de resurrección que se verifica todos los días, cada vez y gradualmente resulta más incompleta. Pasado algún tiempo, no experimentan ya aquella embriaguez, que podríamos llamar rica, llena de sentimientos y de ideas, en la cual el corazón y la mente tienden continuamente á expandirse y á abrazar al universo entero. El primer indicio de esta decadencia es la atenuación de la manía de la polémica á través de todos los conocimientos humanos; su mente perezosa empieza á recorrer las pendientes de curva suave, evitando el ánimo á la discusión que le forzaría á trabajar; el giro de sus pensamientos se va limitando cada vez más; todo lo que tiende á desviarlo de su curso ordinario de ideas y de discursos le produce malestar; la exaltación, de continua se hace intermitente, á raptos sucesivos, separados por largos intervalos, después de cada uno de los cuales se siente la necesidad del reposo, y la alegría degenera poco á poco en un sentimiento de grosera satisfacción, en el cual se acomoda y se columpia como en una mecedora, mientras su pensamiento mariposea sobre mil objetos, sin detenerse en ninguno, ó si se fija en uno, permanece en su superficie impedido é inerte. Y entonces vienen las largas veladas monótonas, en las cuales el bebedor empolla su embriaguez en el silencio, en un estado intermedio entre la somnolencia y el estupor, y todo el mundo brillante que antes veía en su borrachera se encuentra reducido dentro de los cuatro lados de la mesa, en la cual comienza por apoyar los codos, al año siguiente la barba y por último la frente. Es verdad que muchos de éstos conservan aquel buen natural que deriva, más que de otra cosa, de la pereza del corazón. La marea creciente del vino ha sumergido rencores, odios, soberbias, tristezas, naturalmente, sin mérito propio. Sienten aún los afectos de la familia y alguna antigua amistad; pero no aquel afecto vivo, lleno de providencia y de sacrificios que piensa y goza en sí mismo y vibra todo á cada palabra en que se expresa ó ante cada manifestación que le corresponda Hasta tal punto es cierto que es muy raro que contraigan nuevos afectos. Llegado á ese estado, el bebedor es únicamente un espectador indiferente del mundo; va



tirando, con los ojos medio cerrados; no camina, se tambalea en la vía de la existencia hasta que viene la muerte á quebrarle el vaso en el puño.

Si del examen de los efectos individuales del vino venimos á parar en sus efectos sociales, ciñéndonos siempre al campo psicológico, quedamos maravillados, asustados casi, no tanto de lo que vemos, cuanto de lo que tenemos motivos para sospechar. Nace esto de que el vino es principalmente una potencia oculta. Su mayor importancia no estriba en los efectos y accesos visibles, á los que pocos se abandonan; radica en la difusión grandísima de una destemplanza correcta, de una embriaguez disimulada, constante, regular, que gira continuamente á nuestro alrededor y que encontramos siempre cara á cara, sin reconocerla. Tenemos que habérnoslas con gran número de personas, que bajo el continuo influjo latente del vino parecen lo que no son, envueltas por un disfraz que nos engaña. Nos encontramos con la generosidad, con la elocuencia, con la bondad, con caracteres amenos, que son ficticios, que existen tan sólo á ratos, pero que siendo por algunas horas todos los días, producen en quien los trata una ilusión permanente. Si lográsemos descubrir todos los hábitos íntimos, ¡qué extraños hallazgos realizaríamos! ¡Cuántas bellas acciones descubriéramos que fueron hechas sin venir en corazón, forzadamente, para mantener una promesa escapada en la exaltación del vino! ¡Cuántos triunfos oratorios se deben á la embriaguez, así como muestras de inesperado valor en desafíos y arranques conmovedores de artistas dramáticos! Encontraríamos quizás, derivadas del vino, ruidosas reconciliaciones de hombres políticos que tuvieron consecuencias memorables, tal vez resoluciones temerarias de generales que consiguieron un nombre glorioso, quizás también muertes heroicas que todos hemos admirado y admiramos aún Después de algunos años volvemos á encontrar caracteres antes dulces, ahora extrañamente asperos, sin razón aparente; encontramos de nuevo otros, un tiempo fogosos é intratables, conciliadores, negligentes, en un estado de optimismo crónico que no logramos explicarnos, que permite trabar con ellos una amistad que fué primero imposible; otros que han cambiado de hábitos, y desde el gran mundo donde brillaron se han reducido á una vida solitaria, obscura, sin que logremos adivinar la causa. Vemos hombres de ingenio llegar rápidamente, en la flor de la juventud, á las elevadas cimas de la sociedad y del arte, para detenerse de improviso, y como si se hubiesen extraviado sus personas, presentarse á las gentes como inexplicable ejemplo de impotencia y de inercia. Buscamos la razón de todos estos cambiamientos; creemos á veces haberla encontrado en sucesos, en secretos domésticos, en misteriosas crisis de la mente y del corazón. Y nada tiene que ver con todo esto El solo motivo es el vino. Natural es que no se descubra, puesto que el hombre confiesa francamente la orgía de una noche, pero oculta con suspicaz cuidado entre las paredes de su casa el abuso de todos los días, para el que no encuentra justificante ni excusa. A la vista es un efecto que escapa á la observación, pero



que es enorme sin duda el que produce en la vida social ese torrente purpúreo que pasa cada día á través de la población de una gran ciudad en las últimas horas de la tarde y á la noche. Por fuerza debe ejercer gran acción en la marcha general de las cosas esta vasta alteración diaria de sentimientos, de pensamientos, de discursos. Sin duda notaríamos el efecto contrario si de un golpe, al improviso, dejasen de existir el vino y las bebidas excitantes. Veríamos índoles hasta aquel momento disfrazadas mostrarse en su verdadero aspecto, gente expansiva ensimismarse, gente alegre entristecerse, inteligencias ofuscadas adquirir claridad, ingenios que disimulaban su decaimiento en la exaltación artificial de todas las noches revelarse exhaustos, disminuir la facilidad en las amistades nuevas, apartarse al influjo del hastío de la sociedad de personas que no tenían más ligamen que el vino; volver á Venus muchos que la habían olvidado por culpa de Baco, una recrudescencia de malhumor al principio, un acrecentamiento de laboriosidad más tarde, una general diminución en los despropósitos hechos, dichos ó impresos; una merma en los altercados; pero más rareza al par en las reconciliaciones, mayor prudencia, menor sinceridad, más fuerza, menos entusiasmo: un compuesto de bienes y de males.

¿Mayor número de bienes ó de males? No me toca á mí responder, y por otra parte no quisiera cerrar esta serie de conferencias sobre el vino con una palabra amarga contra nuestra argumentación. Pero hay modo de salir del paso con una distinción: para ello lo mejor es poner en contacto dos de los más grandes pintores de aquella admirable escuela holandesa, que debe al vino la mayor parte de su inspiración. En los cuadros de Steen está representada la orgía innoble que sustituye á la quieta alegría de la familia el rebajamiento de la taberna; rostros embrutecidos, actitudes obscenas, brazos caídos que al día siguiente no trabajarán y casas en desorden que revelan un desprecio habitual de toda dignidad y de toda gentileza. En los cuadros de Van der Helst están representados banquetes joviales, donde ciudadanos de todas las clases del Estado brindan y conversan fraternalmente; y son bellas figuras honradas é ingenuas, en cuyos rostros se lee la seguridad de la conciencia y la nobleza de la vida consagrada á la patria; excitados, pero no descompuestos, con sonrisas en los ojos, que dejan adivinar las anécdotas amenas y divertidas y las palabras corteses, inspirando al mismo tiempo la alegría y el respeto.

He aquí las dos potencias opuestas del vino, ó por mejor decir, los dos vinos. Hay el vino de Steen y el vino de Van der Helst. Uno es el veneno que arrastra al ocio, á la estupidez, á la prisión, á la tumba; huyamos de este vino, combatámoslo, vituperémoslo. El otro es el vino que hace levantar al mismo tiempo la copa, la frente y el pensamiento; el vino que pone la fuerza en el brazo del obrero y el canto en sus labios; la alegría de nuestra mesa de cada día, el festejador de las reconciliaciones y de los regresos, el licor benéfico que acalora las venas de nuestros



viejos, que revigoriza la suspirada convalecencia de nuestras criaturas, que añade una sonrisa á la amistad y una llama al amor; la segunda sangre de la raza humana Honremos á este vino y festejémoslo, bendiciendo á las dos fuerzas benéficas á las cuales lo debemos: la fecundidad de la tierra y el trabajo del hombre.

Traducido por D. Federico Rahola

NUESTROS GRABADOS

Confesión de amor, cuadro de don Luis Jiménez. Exposición Internacional de Munich de 1890 – Este cuadro, como todos los del ilustre autor de *La visita en la sala de un hospital*, que reprodujimos en el número 427 de esta ILUSTRACIÓN, es una hermosa página arrancada del libro de la vida real y trasladada al lienzo con escrupulosa fidelidad sin extemporáneas galas, pero también sin esos pujos de exagerado realismo á que suelen ceder muchos de los que forman parte de la escuela á que Jiménez pertenece. Este, á fuer de verdadero artista, sabe contenerse dentro de los justos límites, y de ello es buena prueba la *Confesión de amor:* en esta obra ha querido pintar tipos campesinos, y labradores de buena ley resultan ser los dos personajes que en ella figuran; pero comprendiendo que el arte se ha hecho para algo más elevado que la simple reproducción de formas, ha buscado una situación que permita ofrecer al espectador la nota del sentimiento y la ha encontrado en la declaración amorosa, y no sólo ha dado con ella, sino que ha sabido expresarla de la manera magistral á que nos tiene acostumbrados.

En esto estriba, á nuestro modo de ver, el naturalismo de buena ley: no en tomar de la naturaleza cualquier cosa queriendo hacerla pasar por buena por el mero hecho de ser exactamente reproducida, sino en escoger dentro de lo natural lo bello y en presentarlo de modo que al par que recree la vista haga vibrar con más ó menos fuerza ese algo que todos sentimos en nuestro interior, y cuyas sensaciones son, á no dudarlo, el guía más seguro de la crítica y la prueba más patente del mejor ó peor acierto del pintor.

La prensa alemana ha tributado grandes elogios al cuadro de Luis Jiménez, que ha atraído con preferencia las miradas de los visitantes de la última Exposición Internacional de Munich.

***

La venganza de un rival, cuadro de O. Erdmann. – Cuenta la marquesa de Crequi en sus Memorias que el marqués de Letorieres, el hombre más hermoso de su tiempo, y á cuyos halagos ninguna mujer pudo resistir, hubo de enamorarse perdidamente, en una visita que hizo á la corte de la duquesa de Sofía de Hannover con él emparentada, de una jóven noble llamada Julia de Rohán, que estaba al servicio de aquélla y era la prometida de un señor de Tattenbach.

El apuesto doncel, acostumbrado á contar por victorias el número de sus amorosas empresas, confesó su amor á la joven, que le rechazó indignada, manifestándole que próximamente se verificaría en París su boda con el antes citado caballero.

Gozaba Letorieres de gran favor en la corte de Luis XV de Francia, merced á lo cual fácil le fué obtener una orden de arresto contra el señor de Tattenbach; provisto de ella, presentóse en la iglesia de San Germán de l'Auxerrois en el momento en que empezaba la ceremonia y puso preso al novio, que fué inmediatamente conducido á la Bastilla.

Al día siguiente quiso de nuevo tentar fortuna cerca de la desventurada Julia; pero viéndose otra vez rechazado y despreciado por ésta, hizo poner en libertad al detenido, y habiéndole provocado en desafío al salir de la cárcel fué mortalmente herido por él, yendo á caer delante del pórtico del convento de las *Hijas del Sagrado Corazón*, adonde habíase refugiado Julia, al lado de su tía, que era abadesa de aquel monasterio.

De este episodio, al parecer histórico, ha tomado el asunto de su cuadro el notable pintor alemán Erdmann, quien ha sabido sacar gran partido del lugar de la escena y de los personajes, para presentarnos una composición que interesa desde el punto de vista del efecto dramático y cautiva bajo el concepto puramente estético.

***

El nuevo templo de los francmasones de Chicago. – El día 6 de noviembre último colocóse la primera piedra de este grandioso edificio, emplazado en un terreno que ha costado 5 millones de pesetas; la construcción del mismo debe estar terminada en 1.° de mayo de 1892, es decir, un año antes de inaugurarse la Exposición Colombina, á fin de que el Gran Oriente de Chicago pueda recibir dignamente en 1.° de mayo de 1893 á las diputaciones de todos los Orientes del mundo.

El templo propiamente dicho ocupará los cuatro últimos pisos del edificio: los diez y seis restantes estarán ocupados diez por tiendas y almacenes de objetos útiles á la vida material y seis por escritorios comerciales ó industriales. La altura total del edificio será de ochenta metros.

Se tomarán las debidas precauciones para que en un solo día los ascensores puedan transportar 40.000 personas á los jardines situados en el terrado, en donde habrá también un observatorio, desde el cual los astrónomos podrán estudiar la armonía establecida en las evoluciones de las celestes esferas por el Gran Arquitecto del Universo.

A la ceremonia de la colocación de la primera piedra asistieron 5.000 francmasones, que representaban las diferentes logias del rito Escocés Antiguo Aceptado, establecidos en el Canadá y en los Estados Unidos y que cuentan 625.755 hermanos; y cuantos la presenciaron dicen que hará época en los anales de la masonería americana, como la inauguración en Filadelfia de la primera logia construída en el nuevo continente.



PROYECTO DEL NUEVO TEMPLO DE LOS FRANCMASONES DE CHICAGO

Mr. Carlos Parnell, ex presidente del grupo nacionalista irlandés de la cámara de los Comunes de Londres. – Nacido en 1846 en Avondale, condado de Vicklow, Mr. Parnell hizo sus estudios en Cambridge y entró en la vida pública como sherif de su condado natal. En 1875 fué enviado al Parlamento por el distrito de South Meath, constituyendo allí con algunos amigos un núcleo de oposición irreconciliable, encarnizada, que practicaba la política de obstrucción y retardaba con feroz energía la votación de todas las medidas contrarias á los intereses de los desdichados irlandeses.

Esta conducta y su elocuencia demagógica le hicieron pronto ser en su patria el más popular de los representantes de Irlanda. En 1879 púsose al frente de la Landleague que se propuso la reforma radical de la propiedad inmueble, y en enero de 1890 fué á América para obtener de sus compatriotas allí residentes apoyo para su causa. En 17 de mayo del propio año fué elegido jefe del grupo parlamentario irlandés, que á la razón se componía de 68 miembros. En 1881 el gobierno le puso preso, pero al año siguiente le dió la libertad; en las elecciones de 1885 el número de sus adeptos en la cámara de los Comunes se elevó á 85. Contribuyó poderosamente á la caída de Gladstone, el cual en 1886 hubo de incluir en su programa los más importantes puntos consignados en el de los *homerulers*.

Mucho debe Irlanda á Parnell, y á buen seguro que el partido irlandés no hubiera pensado en buscar otro jefe, si el proceso por adulterio contra él seguido por el marido de mistress O'Shea y la conducta por él observada con ocasión del mismo, no consintiendo ni siquiera en retirarse temporalmente de la política, no hubiesen hecho necesario su reemplazo en tan importante puesto para evitar que los adversarios de la causa irlandesa se aprovecharan en detrimento de ésta de los puntos vulnerables que su *leader* ofrecía.

***

Mr. Justin Mac-Carthy, presidente de la mayoría del partido nacionalista irlandés en la cámara de los Comunes de Londres. – A raíz de la terminación del ruidoso proceso incoado contra Mr. Parnell por adulterio, la mayoría parlamentaria del partido nacionalista irlandés, comprendiendo que no podía tener por jefe á quien por escandalosos hechos había estigmatizado la opinión pública, procedió á la elección de nuevo presidente, concediendo sus sufragios á Mr. Justin Mac-Carthy, cuyo retrato publicamos.

El nuevo *leader* de los irlandeses nació en Cork, en 1830, y allí recibió su primera educación, hasta que en 1853 fué á Liverpool como redactor de un periódico. En 1860 pasó á Londres, encargándose de la sección parlamentaria del *Morning Star*, y más tarde de la sección extranjera hasta que en 1864 fué nombrado redactor en jefe de este diario, cargo que abandonó en 1868.

Colaboró, además, en revistas y periódicos ilustrados y escribió algunas novelas, entre las cuales figuran en primera línea *The Waterdale Neighbours*, *My Enemy's Daughter* y *Lady Judith*.

Trasladóse luego á los Estados Unidos, en donde estuvo tres años escribiendo en algunos periódicos. A su regreso á Inglaterra, escribió notables artículos políticos para el *Daily News*, y dió á la estampa varias novelas que obtuvieron excelente éxito, tales como: *A Fair Saxon* (1873), *Dear Lady Disdain* (1875) y *Miss Misanthrope* (1877), á las que añadió más tarde *Donna Quixote* y *A Maid of Athens*. Es autor de una *Historia contemporánea* en cuatro tomos, de una *Historia de los cuatro Jorges*, de una obra de crítica literaria, titulada *Con amore*, etc., etc.

Mr. Mac-Carthy comenzó su vida política activa en 1879, en que fué elegido miembro del Parlamento por el condado de Longford, que representó hasta 1886; en esta fecha optó por la representación que le confirió Londonderry. Siempre estuvo afiliado al partido que acaudillaba Mr. Parnell, y ha sido vicepresidente de la Liga regional y de la Liga nacional irlandesas. Es orador brillante y cuenta con grandes simpatías en la cámara y entre sus compatriotas. Por todas estas condiciones de talento, energía y honradez, resulta indudablemente digno del honroso puesto que sus compatriotas del Parlamento le han confiado, y es seguro que sabrá defender cual se merecen los intereses de la agobiada población de Irlanda.

Esto no obstante, una parte no escasa del partido nacionalista irlandés sigue apoyando enérgicamente á Mr. Parnell.

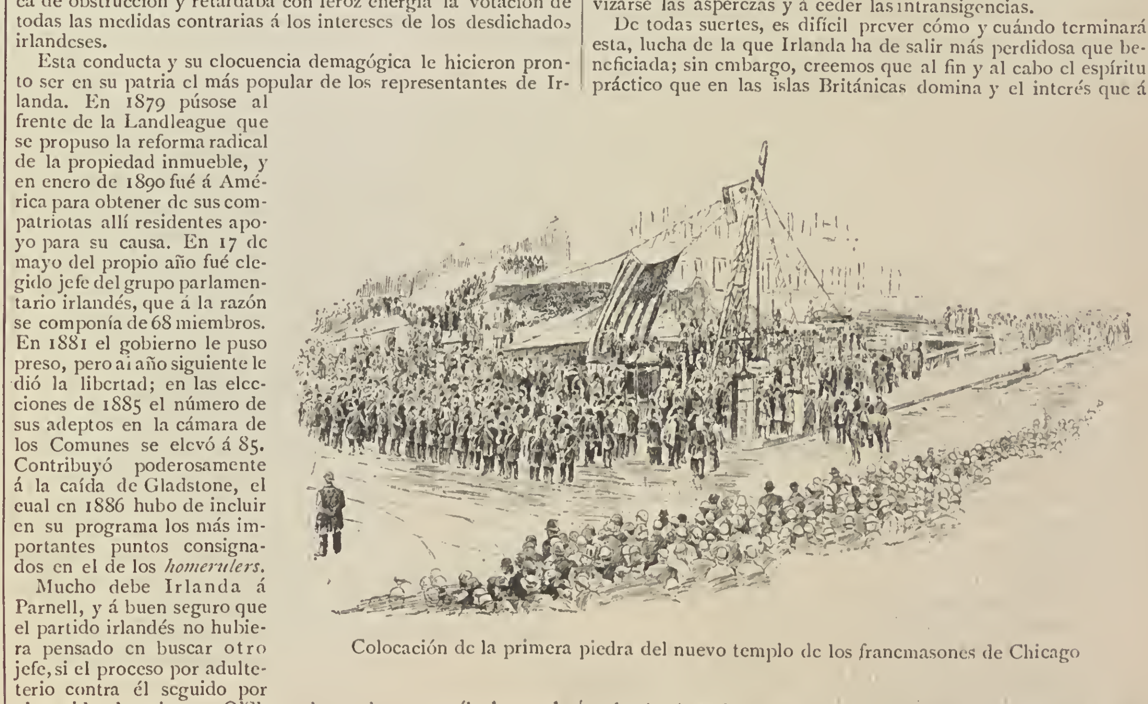
La visita recientemente hecha por éste á algunas ciudades irlandesas ha dado lugar á graves desórdenes y aun á colisiones sangrientas.

Los partidarios de uno y otro bando defienden con desesperada energía á sus respectivos *leaders*; habiendo llegado la contienda al terreno de las personalidades, tan fecundo en incidentes ruidosos como pobre en beneficios para el triunfo de las ideas.

Mucho se ha hecho también en la esfera de las negociaciones amistosas, para lo cual los célebres agitadores Dillon y O'Brien se han avistado últimamente con Mr. Parnell, y aunque no se ha llegado á una solución concreta, parece que tienden á suavizarse las asperezas y á ceder las intransigencias.

De todas suertes, es difícil prever cómo y cuándo terminará esta, lucha de la que Irlanda ha de salir más perdidosa que beneficiada; sin embargo, creemos que al fin y al cabo el espíritu práctico que en las islas Británicas domina y el interés que á todos los irlandeses une se sobrepondrán á esas contiendas personales y á esos móviles, mezquinos si se les compara con la magnitud de las aspiraciones que á los *homerulers* animan, y que éstos no tardarán en formar nuevamente el apretado haz al que tantas y tan valiosas conquistas deben y que á la corta ó á la larga acabará por imponer el triunfo de la justa causa.

Los irlandeses tendrán en cuenta que de sus divisiones sólo se han de regocijar sus enemigos, los conservadores ingleses.



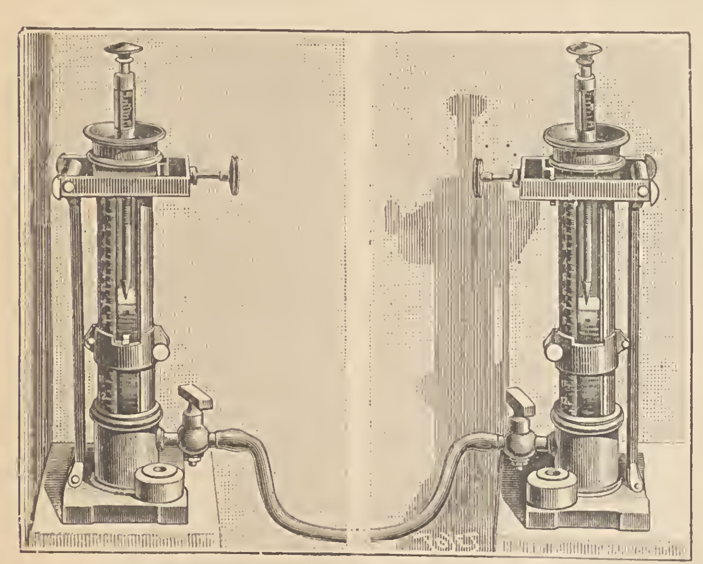
Colocación de la primera piedra del nuevo templo de los francmasones de Chicago

SECCIÓN CIENTÍFICA

NIVEL DE AGUA DE PRECISIÓN, DEL CAPITÁN LENEVEU

Nada más frecuente en la construcción, en la industria, etc., que tener que colocar diferentes objetos en un mismo plano horizontal ó en niveles que difieran entre sí en cantidades determinadas.

La imperfección del montaje de las máquinas y transmisiones de una fábrica es una de las causas más ciertas y más frecuentes de un gasto exagerado de fuerza motriz y, por ende, de cuanto contribuye á producir esta fuerza: consumo de agua, de carbón, de aceite, desgaste de los cojinetes y de las articulaciones, recalentamiento por rozadura de los árboles con los consiguientes paros ruinosos, todo depende del montaje. Hay, pues, que proceder con cuidado sumo en esta operación.



Nivel de agua de precisión, del capitán Leneveu

La determinación de los planos verticales se obtiene con bastante facilidad por medio de hilos tendidos entre hitos; pero no sucede lo mismo con los horizontales, que son precisamente los más expuestos á variaciones, tanto por el peso de los órganos como por los asientos que en el suelo producen las mismas obras.

Por esta razón se ve que los montadores concienzudos se ingenian buscando todos los medios posibles de asegurarse de la exactitud de sus operaciones por lo que hace relación al plano horizontal. Las reglas de madera ó de metal perfectamente construídas, los niveles con burbuja de aire, los anteojos, etc., no permiten obtener nunca un resultado completamente satisfactorio.

Inspirándose en todas estas consideraciones, el capitán de artillería francés M. Leneveu ha inventado un nivel de agua de precisión que permite resolver de un modo eminentemente práctico y con toda la exactitud apetecible el problema consistente en determinar exactamente la diferencia de nivel entre dos puntos ó en colocar dos puntos rigurosamente en el mismo plano horizontal.

Nada más sencillo que el instrumento en cuestión. Dos frascos están unidos por un tubo y dos puntas que tocan al líquido indican por el mayor ó menor recorrido de su tija para ponerlas en contacto con éste la distancia del plano superior del líquido á una señal conocida, y por consiguiente la distancia de esta señal al plano horizontal determinado por el nivel del líquido en los dos frascos.

Para manejar el instrumento basta, una vez colocados los niveles en los puntos cuya comprobación ha de hacerse, poner las puntas en contacto con el líquido y leer en las tijas la cantidad en que han tenido que ser hundidas para obtener este resultado, operación que no ofrece la menor dificultad. En cuanto á la precisión del aparato, puede formarse idea de ella sabiendo que es suficiente para lograr con facilidad suma, sea la horizontal, sea la diferencia de nivel entre dos puntos, á menos de una vigésima parte de un milímetro, y esto sin necesidad de ninguna operación minuciosa.

Como se ve, este instrumento no es más que el nivel de agua común con la adición de dos puntas que permiten tocar el nivel del líquido que, por varias razones sobrado conocidas, no puede distinguir bien el operador, y sustituir con una medida material perfectamente fija la medida visual, esencialmente fugaz, única posible con el antiguo sistema.

Con el objeto de dar al instrumento toda la perfección posible, M. Leneveu ha adoptado para él formas y disposiciones que le hacen de muy fácil empleo y aumentan considerablemente el campo de sus aplicaciones. El instrumento que reproduce nuestro grabado se compone esencialmente de dos aparatos iguales y simétricos unidos por un tubo flexible cuyo objeto es permitir la comunicación de los líquidos en ellos contenidos y establecerse en equilibrio según el principio de los vasos comunicantes, comunicación que puede interrumpirse cerrando las dos llaves para inmovilizar el líquido durante los transportes del instrumento ó los preparativos para hacerlo funcionar. Cada uno de los dos aparatos consta principalmente: de un recipiente graduado con dos ventanas, de un tubo transparente, de una tija indicadora graduada y terminada en punta, de una vaina que guía la tija, de un cursor, de un nivel esférico á burbuja de aire y de un apoyo articulado regulable.

La tija indicadora graduada y terminada en punta es la parte original del aparato y también la más importante: compónese de una barrita cilíndrica de metal inoxidable que en su parte superior termina en un botón de maniobra y en la inferior en una punta de materia impermeable. Está graduada por milímetros y de tal manera que el origen de esta graduación coincide exactamente con el nivel del nonio fijado en la vainaguía, cuando el extremo de la punta se encuentra rigurosamente en el plano horizontal que pasa por el cero de las graduaciones trazadas á lo largo de las ventanas. Y como, por otra parte, los ceros de estas graduaciones están á la misma distancia de la base en los dos aparatos que constituyen el instrumento, de aquí que estando éstos colocados en un mismo plano horizontal, los cuatro ceros resultan dos á dos igualmente distanciados de éste.

La tija indicadora se desliza por rozamiento suave por la vaina-guía atornillada á la parte superior del recipiente y puede ser fácilmente levantada ó bajada con la mano: en el lado opuesto á la graduación lleva una nervura que al paso que le impide hacer cualquier movimiento de rotación durante la operación asegura las posiciones relativas de su graduación y del nonio, y por ende la posibilidad de las lecturas. Esta nervura penetra en una ranura practicada *ad hoc* en la vaina guía.

El cursor puede deslizarse á lo largo de los recipientes y lleva dos índices que, merced á la graduación trazada en el recipiente, permiten calcular rápidamente y de una manera suficientemente aproximada, en la mayoría de las operaciones preliminares de una nivelación precisa, la altura del agua en los recipientes. El nivel esférico á burbuja de aire fijado en el pie del recipiente está dispuesto de tal modo que la burbuja se halle en el centro del nivel cuando la base del recipiente está en posición perfectamente horizontal. Los apoyos articulados en la base de los recipientes tienen, con relación al eje de éstos, una posición que puede regularse por medio de tornillos. Estos apéndices sirven junto con los niveles á burbuja, para determinar y asegurar la horizontalidad de la base del recipiente cuando éste haya de aplicarse contra un objeto virtual ó poco menos. La cara de los apoyos que mira á los recipientes forma reflector y facilita considerablemente el manejo del instrumento, reflejando la ley de que se sirven los operadores en los subterráneos ó durante la noche.



Fig. 1 Crisoles tapizados de rubíes artificiales

Los resultados obtenidos en gran número de operaciones de toda clase, y en especial en las regulaciones de transmisiones de gran longitud, permiten afirmar que el aparato nada deja que desear ni en punto á precisión ni en punto á facilidad en su manejo.

L. Knab

***

LA SÍNTESIS DEL RUBÍ

Experimentos de MM. E. Fremy y A. Verneuil

Algunos años hace que los señores Fremy y Verneuil, sabios químicos de París, vienen trabajando en la producción de rubíes artificiales, y después de algunos felices ensayos han llegado á producir por síntesis rubíes cristalizados bastante voluminosos. M. Fremy presentó á la Academia de Ciencias de París, en la sesión de 10 de noviembre último, una luminosa memoria acerca de su descubrimiento, de la que copiaremos algunos párrafos.

«La memoria que hoy presento, dice, con la colaboración de M. Verneuil, tiene por objeto dar á conocer las modificaciones que hemos introducido en la producción sintética de los rubíes romboédricos. Los cristales que hemos obtenido indican los progresos de nuestras investigaciones. Nuestro propósito era aumentar el tamaño de nuestros cristales de rubíes por *vía seca*, como se producen otros cristales por *vía húmeda*. Este problema creemos haberlo resuelto.»

Explica luego el nuevo procedimiento seguido por los inventores: en vez de la alúmina pura emplean ahora la alúmina alcalinizada por el carbonato de potasa, que sin alterar la pureza de los cristales, les comunica hermoso color; en vez de mezclar las substancias, separan la alúmina cromada y potasada del fluoruro alcalino-terroso, con lo cual las reacciones se verifican entre los vapores y los gases, condición necesaria para formar los rubíes duros y romboédricos; en vez de veinticuatro horas, las calcinaciones duran una semana, con lo que gana el tamaño de los cristales; en vez del horno del carbón de coke emplean el de gas, que produce una temperatura muy elevada y constante, y merced al cual los crisoles no son atacados por la ceniza del combustible, y en vez de pequeños crisoles de laboratorio, que sólo producían algunos gramos de rubíes, usan crisoles grandes, de algunos litros de capacidad, que á menudo producen tres kilogramos de rubíes en cada operación.

Ampliados de esta suerte los procedimientos, el laboratorio fué insuficiente y los señores Fremy y Verneuil prosiguieron sus operaciones en la fábrica de cristal de los señores Appert, en donde obtuvieron aquéllas sus mayores cristales y estudiaron las relaciones que existen entre el rubí y el zafiro.

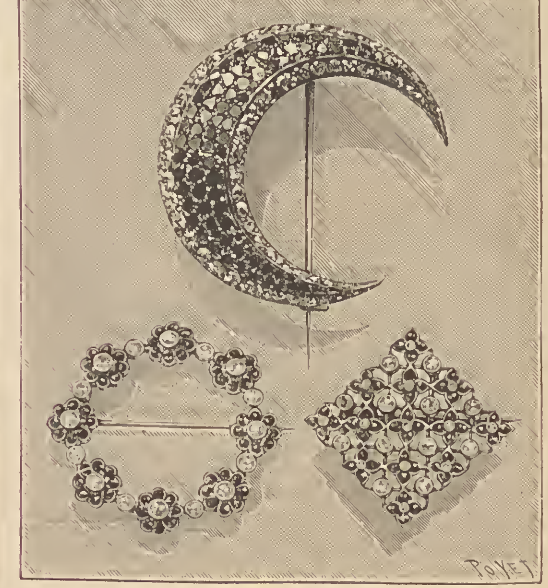


Fig. 2 Joyas montadas con rubíes artificiales

«En la naturaleza se encuentran rubíes que tienen cierto aspecto de zafiros y presentan, en algunos pun-

tos, coloraciones azules: igual fenómeno hemos reproducido en nuestros experimentos sintéticos. A menudo, en medio de nuestros cristales rosas de rubíes hallamos cristales morados ó azulados, y presentamos, en prueba de ello, á la Academia planchas de cristales rosas por un lado y azules por otro. Este hecho parece resolver las dificultades suscitadas sobre las causas de la coloración del zafiro y de la del rubí. Cuando vemos que un mismo crisol produce á la vez cristales rosas y azules, se hace difícil no creer que las coloraciones del rubí y del zafiro proceden del mismo metal, quizás del cromo diferentemente oxidado.

»Quedábanos aún una cuestión importante por resolver para completar la síntesis de los rubíes. Los cristales de rubíes producidos por nosotros, que presentan los mismos caracteres que los rubíes naturales, ¿pueden servir en las aplicaciones industriales para los mismos usos que éstos? ¿Tienen la dureza de las piedras finas? ¿Pueden ser utilizados en las joyas y en los relojes? Sólo la práctica podía contestar á estas preguntas. Un gran industrial muy competente ha tenido la bondad de hacer tallar en rosas nuestros pequeños rubíes y de someter á varios lapidarios nuestros rubíes no tallados tal como salen de nuestros crisoles y que pueden ser empleados como pivotes en la fabricación de relojes: su dureza ha sido comparable á la de los rubíes naturales.»

Nuestros grabados representan: la fig 1, un gran crisol de unos 25 centímetros de diámetro, tapizado



Mr. Carlos Parnell, ex presidente del grupo nacionalista irlandés de la cámara de los Comunes de Londres



Mr. Justin Mac-Carthy, presidente de la mayoría del partido nacionalista irlandés de la cámara de los Comunes de Londres

de cristales de rubíes y un fragmento de crisol lleno de cristales separados de sus matrices; y la fig. 2, tres joyas de rubíes artificiales mezclados con diamantes. En la media luna los rubíes montados conservan su forma cristalina y en los otros dos imperdibles; las piedras artificiales han sido talladas por el lapidario. Estas joyas reproducidas fotográficamente en su verdadero tamaño permiten conocer el aspecto y la dimensión exacta de las piedras artificiales.

Los rubíes de los señores Fremy y Verneuil no son todavía de gran tamaño, pero los sabios experimentadores no se detendrán hasta que consigan nuevos progresos en lo que concierne á tan hermosos experimentos.

(De *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón